

3

Segundos.

•
•

Hendrik Wernick

“Lo que es verdaderamente inmoral es haber desistido de sí mismo.”

(Clarice Lispector)

A Pablo, por seguir creyendo.
A Sueli, porque ya no me quedan palabras...

“El pensamiento es es ensayo de la acción”.
(Sigmund Freud)

Índice

Bala perdida	4
La presencia	9
Pánico.....	15
Paralelos	27
Cuna Política	35
Gusanos	41
Cárcel Privada	46
Tres segundos.....	52
Viceversa.....	57
El Cappuccino	62
Vieja	66
Ego	70
La casa.....	75
El domingo.....	80
Esclarecimientos.....	85
Sobre el autor y las obras.....	87
Centro Espírita Fraternidade da Luz.....	89

Bala perdida

*“¿Dudás de la Ley de Acción y Reacción?
Entonces esperá.”
(L. Figueiredo)*

I

Muchas cosas se han acomodado desde aquella lejana tarde en el conurbano de la capital. Por supuesto, me mudé, no tenía otra opción. Ni siquiera pasé para llevarme plata, ropa, para despedirme de mis primos y amigos. El Polaco había caído y mi fuga desesperada me quitaba la última esperanza de escapar. Cambié de ciudad, de casa, de amistades, de atribuciones. La situación se asentó y se calmó definitivamente desde que mis tíos mandaron a avisarme que el Polaco se había muerto por una rebelión en la cárcel un par de meses después de lo ocurrido. Sin embargo, jamás pensé en regresar.

Había sido mi primera y última incursión en el mundo del crimen. Nací en el conurbano de la capital, sin muchas perspectivas, rodeado de gente de diferentes índoles; la gran mayoría, buenas personas. Era un apasionado de los autos, de los motores y desde chico iba al taller de Don Fazio, a dos cuadras de casa, a observar cómo se las ingeniaba para arreglar los viejos Frankensteins que llegaban oxidados y remendados, y cómo los resucitaba frente a mi mirada fascinada. Me contaba historias, probablemente fantasiosas, de cómo su fallecido abuelo tenía un taller en la madre patria Italia, «donde sí había verdaderas máquinas: Maseratis, Lamborghinis, Alfa Romeos». Me enseñó todo. A mí siempre me encantó la velocidad, era rápido en todos los espacios disponibles, desde las rutas vacías hasta los embotellamientos de la capital. Siempre me adelantaba, ganaba espacios, metros, distancias, cada segundo tomaba decisiones con variantes de habilidad, precisión, pasión y dominio; algo quizás nato, un conocimiento que era un instinto.

Eso también pasó.

Lo único que no pasó desde aquella tarde es ese sueño que para mí ya es realidad. Casi nunca lo recuerdo al despertarme, solamente cuando me miro al espejo antes de salir de casa.

II

«El sueño trata de un hombre de unos sesenta años que nunca he visto en mi vida aunque sé exactamente quién es. Lo observo *como en una película, leo hasta sus pensamientos. Está acostado en su cama. Sabe que ya pasó del horario habitual de levantarse. Lo sabe debido al bullicio de la calle donde, hasta las ocho, todo forma una sola ola de sonidos con ruidos de motores, de bocinas, de algún rumor de voces. Ahora*

escucha ruidos más aislados y sutiles, más descompasados, provenientes de diferentes lugares. Distingue entre el colectivo que arranca en la parada a una cuadra y media y el ruido de la escoba de la vecina que barre el patio en el fondo de la casa. “Deben ser como las nueve y media, día ensolarado y seco, de viento inconstante que viene del río”, piensa con cuerpo pesado sobre un colchón viejo, que intenta tragarlo por el cansancio y la pesadumbre, y con la fugaz impresión de haber soñado con su fallecida mujer.

Se levanta enseguida porque no quiere desperdiciar la mañana, cuando siente que rinde más, donde tiene más equilibrados el físico, la mente y el alma. Piensa que una mañana productiva condiciona todo el día. Luego de la ducha, se va a la cocina donde hace sus rutinas con parsimonia: calienta el agua, prepara el café, dispersa aromas e intenta acordarse del sueño a través de esos puentes de la memoria, que trata de atar en inconstantes fumarolas. No consigue imaginarse oportunidad más propicia para revelaciones que un café, un cigarrillo y una tranquila mañana soleada».

III

Por supuesto, tuve miedo, en especial cuando el Polaco me entregó el calibre 38.

—Pará, che, no tengo idea de cómo usarla. No sirvo para eso. Yo manejo, eso es todo —intenté explicarle.

—Está decidido —sentenció—. No existe retaguardia sin un arma. No hay vuelta atrás.

Sabía que era insensato y contradictorio, pero rezaba a la Virgen para que nos protegiese en ese acto ilícito, le pedía por mi vida y por la de los demás anónimos que fatalmente estarían en la hora y el local equivocados, para que no fuese necesario un solo balazo y que todo pudiera salir como lo programado. A mí me tocaba la estrategia de fuga debido a mi destreza en el manejo, era el responsable por el último tramo, por llevar el botín y nuestras vidas hasta un lugar seguro.

Llegaron todos por caminos separados y, tras una señal del Polaco, entraron a la joyería. Estaba estacionado en la vereda opuesta y vigilaba la calle, pero no podía ver lo que se pasaba adentro. De repente, noté cómo un tipo se acercaba a la vidriera hablando por celular, con bastante precaución. Vi cómo sacaba un arma de la parte trasera del pantalón y cómo se ponía en una posición estratégica. Era evidente que era policía vestido de civil. Yo no sabía qué hacer, no había como avisar; lo único posible era arriesgarme y abordarlo con el 38 que me había dado el Polaco, pero no me atrevía, estaba paralizado.

Después de un par de agobiantes minutos, escuché sirenas a lo lejos, justamente al instante en que la puerta de la joyería se volvía a abrir y los muchachos que iban adelante se comían las primeras balas. Vi la cara asustada del Polaco, que me miraba y me hacía señales mientras descargaba su arma y, definitivamente, infundía el pánico generalizado en la calle. Corrió hacia el auto, pero un disparo lo acertó en plena rodilla. De repente, otro tiro estalló el vidrio del auto y pasó zumbando por mi oreja hasta despedazar la ventana opuesta.

—Dispará, boludo —me gritó el Polaco mientras otro balazo pasaba cerca.

Me desesperé, arranqué con todo en dirección al cana, que me esperaba con el arma en puño, y con el rendido Polaco, que me puteaba desde el fondo de su alma. No tuve otra actitud más que bajar la cabeza a la altura del panel de instrumentos para protegerme, seguir acelerando y disparar sin mirar. Fueron tres tiros y, cuando volví a mirar metros más adelante por el retrovisor, vi que el policía no se había herido. Menos de cinco minutos después, ya me encontraba en la autopista, rumbo a «nunca más volver».

IV

«Pero lo más dramático es una sucesión de imágenes, que siempre me despiertan, tamaña la agonía que me producen. Es un vuelo de bala rasante, *que parte desde una ventana hacia arriba; es filmado desde varias perspectivas y tiene trayectoria fija, recta. Esa línea está formada por rostros sorprendidos, asustados, indefensos. El vuelo, inicialmente lento en el sueño, gana altura, velocidad y no se mueve ni un pelo de su destino. Al instante que la aceleración transmite la sensación de estar cerca de la libertad del cielo, se produce un choque contra lo invisible, contra un vidrio cuyo ruido al destrozarse me despierta de repente con el corazón descompasado, sudando*».

V

Estoy prácticamente seguro de que he soñado con Amelia. Tengo esa sensación. Si hubiera soñado con el pasado, debería recordar algo. Entonces solamente puede ser algo nuevo, algo vivo, un encuentro en el olvido. Quizás si pienso en cosas banales, si relajo la mente, puede ser que el recuerdo vuelva. Además, tengo que ponerme las pilas porque me levanté tarde.

A ver, sobró pollo del día anterior... Puedo utilizarlo como relleno de una tarta o hacer un salteado, y ¿por qué no, unas empanadas? Sí, mejor empanadas, porque así

Leandro puede llevárselas y se ahorra las facturas por la noche antes de las clases. Creo que no tengo pimientos y que algo me quería decir Amelia. Estaba diferente, no sé. Otro día sin vos, mi amor...

La última pitada al cigarrillo acompañado del último trago de café antes de salir, ¡qué bueno está!, me encanta el gusto que permanece en el paladar. Bueno, che, a comenzar el día. Primero, verdulería de Marta, luego, al almacén de Don Eduardo y... ¿Algo más? Agarro la billetera y las llaves sobre el aparador del living, echo una miradita al espejo, porque Amelia siempre me lo decía, para no salir de cualquier manera. La camisa me parece...

—Ay!, ¿qué diablos pasó...?

¡Es sangre...!

VI

En los diarios dijeron que el disparo que lo mató al Sr. Alberto C. vino del 38 del Polaco; él llevaba uno igualito al que me había dado y que yo había tirado al río mientras huía. No sé en qué creer, pero algo me dice que lo maté yo. Si no tuviera culpa, no me encontraría atrapado en un sueño del que despierto cansado y asustado.

Dijeron que estaba poniéndose la camisa, preparándose probablemente para dar su vuelta por el barrio. El balazo entró por la ventana y fue preciso: la vida se le fue antes de que pudiera comprender algo. Su sobrino relató que sus ojos sin vida todavía enmarcaban su último pensamiento de asombro.

—La policía dice que fue una bala perdida, consecuencia del asalto con tiroteo a la joyería de la esquina —decía su sobrino en la tele—. “Perdida”, hasta que encontró a mi tío. Alguien disparó e hizo de la vida de un inocente una mera banalidad.

Afirmó que el pobre, incapaz de hacerle daño a una mosca, ni se enteró. Dijo que tenía esa costumbre de arreglarse frente al espejo antes de salir.

—No hace ningún sentido. No entiendo a Dios —afirmó el emocionado sobrino hasta que las lágrimas cortaron su voz.

VII

Funcionó. Fue cuestión de quedarme un tiempo dedicado a la nada, a los pensamientos mundanos, para que los recuerdos del sueño volviesen. Ahora Amelia me parece tan real, la veo claramente. Su mano me invita, su sonrisa me encanta, sus ojos

brillan. Siento cierto sopor. Me levanta con cuidado y me abraza con amor. Tengo mucho sueño.

—No te preocupés, Alberto, el sueño será reparador. Despertarás a mi lado, mi amor —me dijo, y yo le creí.

VIII

Intento decirle a Dios que nunca tuve la intención de matar. Si hubiese sabido que ese sería el cierre de nuestra desastrada acción, seguro me hubiese rendido antes de disparar. Pero creo que a Dios no le importan mis pensamientos, son insuficientes e inconsecuentes; de lo contrario, debería entregarme, pero me falta coraje. Tampoco cree en mi inocencia, porque de esa manera no es verdadera.

Rezo por el alma del señor Alberto C. A veces tengo la torpe esperanza de que él haya disparado antes, de que hubiese existido un balazo previo en algún momento, en algún tiempo, en alguna existencia. Caso contrario, la bala sigue viva y, en algún momento, volverá.

La espero cada vez que me arreglo delante del espejo para que traiga paz a mi atormentada conciencia, que me mantiene encarcelado.

La presencia

*“La vida es un tránsito;
el mundo es una sala de espectáculos;
el hombre entra en ella, mira y sale”.*
(Demócratis)

Es evidente que algo pasa en casa y que nadie me lo quiero contar. Personalmente no me lo esperaba y de alguna manera me siento despreciada. Nunca fuimos de hablar mucho, creo que el silencio es una de las consecuencias de mis dificultades vividas. Si tuviese ríos de plata y miles de lujos, seguramente hablaría por los codos, pero cuando cada día significa una batalla, sin marido y con dos hijos, las palabras desaparecen o se reducen a lo esencial.

Pero eso también tiene límites. Es cierto que a Guillermo pocas veces le dije que lo quería, temía que eso lo ablandase, ya que desde chico fue el hombre de la casa y, prontamente, tendría que hacerse cargo de responsabilidades que, a lo mejor, la ternura desvirtuaría. Con Cecilia la cosa era más compleja. Pese a que era una niña, diría que nuestra relación desde que se fue su padre era cosa de mujeres. Había en ella cierta rebeldía que, con el avance de la edad, se convirtió en reproches, actitudes desafiantes y una interminable búsqueda por distanciarse de todo lo que pudiese asemejarse a mí, como si mi vida fuese todo lo contrario de lo que soñaba para ella.

La entiendo, soy consciente de que mi vida está muy lejos de ser un cuento de hadas, pero ¿qué es lo que sabe de la vida? Todos somos vulnerables frente a las trampas del destino, que se disfrazan de pasiones e ilusiones, a merced de malas intenciones. Yo también fui joven y era normal que una se encantase o se fascinase por personas, que creyera en sentimientos grandiosos e intensos. Hoy me parece una tontería, un verso, porque eso ni siquiera se aplica a las relaciones más sublimes, que son las establecidas entre madre e hijos, a juzgar por la manera en que me tratan últimamente en esa casa, como si yo no existiera. Definitivamente, algo pasa por acá. Para colmo, las pocas veces que Guillermo se dirige hacia mí en las madrugadas, queda siempre la sensación que su deseo más grande es que yo me fuese de acá.

Mi hijo, a los trece, ya trabajaba en el almacén de los Ferreti, donde se quedó hasta llegar a la mayoría de edad. Mientras muchos de sus amigos pasaban las tardes jugando en las calles o haciendo música, mi hijo aprendía a ser responsable, a ver la vida como verdaderamente es, con sus exigencias y parcas perspectivas, ¿para qué mentir? No había espacio para fantasías y tampoco quise que las desarrollara demasiado, porque

futuros inalcanzables son frustraciones seguras. No quería que pasara por lo mismo que yo, que después un día fatigante, regresé a casa para encontrarme con una nota encima de la mesa, que me condenaba a una vida sola con dos hijos pequeños. Adiós futuro, adiós todo, y que no me venga Cecilia a mirarme con esos ojos de superioridad, con sus ropas justas moldeando sus curvas y escotes de veinteañera. Como si todo fuese mi culpa, mi inaptitud para atar a un hombre, esos lazos que no se sostienen en el tiempo y que se corrompen junto con la carne. Tu padre se fue porque es un chanta, ¡entendelo de una buena vez, Cecilia!

No es que yo administre el lar con mano dura, pero algunas cosas son básicas y tienen que funcionar. Y cada uno tiene que hacer su parte. Yo me partí el lomo por muchos años para cuidar de los chicos como manicura, además, planchaba ropa para vecinos en casa por las noches y estaba claro que, en determinado momento, ya no resistiría más y que les tocaría a los chicos darme una mano en algunas tareas. Pero no contaba con la indiferencia, que pusieran esas caras de víctimas, como si yo fuera un peso en sus vidas. Con Guillermo tengo mejor onda, lo despierto cada mañana y lo acompaño mientras prepara el café. No lo hace exactamente de la misma manera que yo, sin embargo, está mejorando. Creo que no sigue mis instrucciones por terquedad u orgullo, aunque noté que en los últimos días aumentó la cantidad de polvo y no dejó que el agua hirviese para no quemar el café. Es su manera de ser y, por dentro, llego a sonreír, pero luego me acuerdo de que tiene que prepararle el desayuno a Cecilia, siempre una fruta y un vaso de leche (tiene problemas desde chica con la falta de calcio).

—El pan tiene que ser integral, le hace falta fibras —le advertí a Guillermo, y su respuesta fue un intenso bostezo en mi cara, ¿qué va a hacer? No puedo decir que me acostumbré a su nueva manera de tratarme, pero quizás acumuló cierto estrés y ya está contaminado con las nuevas costumbres de la juventud actual; la superficialidad y el egoísmo suplantando el respeto y la consideración.

Confieso que después de que sale a laburar, hay veces que lloro. Antes lo hacía en el colectivo rumbo a casa, donde Cecilia me esperaba repantigada en el sillón con el celular en manos, al lado de las taciturnas pilas de ropas por planchar. Solía pasar cuando conseguía un asiento al lado de la ventanilla contra la que reposaba mi cabeza y sentía el temblor del motor en la sien. No lo puedo explicar, pero era como un pequeño sismo interior, inicialmente, como un arrullo que me hacía relajar. Pero luego, el temblor se alastraba por otras regiones y hacía caer cascarillas que protegían sentimientos

nostálgicos. El temblor del motor en la ventanilla, la noche lluviosa, la gente con prisa que caminaba encogida en sus pilotos y sobretodos, el movimiento del colectivo y las luces borrosas, mi aliento empañando el vidrio y mis lágrimas que caían en silencio en el vacío, donde ya no estaba el padre de mis hijos, ni mi alegría, ni mis sueños, ni la posibilidad de un descanso.

En esos momentos, irremediamente, me acordaba de mi fallecida madre y el temblor volvía a ser un arrullo, me acomodaba en el asiento como si estuviera en su regazo, acogida con calor, amparada y comprendida en mis penas, que se desvanecían con su calor.

Paré de llorar al instante que miré el reloj y me daba cuenta de que en el cuarto de Cecilia no había movimiento pese que a esa hora ya debería estar estudiando o buscando un trabajo. A lo mejor, ni recordaba que yo estaba en casa, porque de una hora a otra mis clientes encontraron otras manicuras (más jóvenes y alegres) y también me dieron la espalda, como si yo estuviera con la peste. Pero eso no me preocupaba tanto, porque los clientes suelen ser volátiles, basta una pelea con el novio para que le echen la culpa a las uñas mal hechas o que decidan hacer un cambio radical en la apariencia, lo que significa cambiar de peluquero y de manicura. La vida ya me ha cerrado las puertas muchas veces y no me derrumbo por eso, además, me gusta estar más tiempo en casa, pese a que me están evitando y, seguramente, escondiendo cosas.

No me queda otra que despertarla a Cecilia, que reclama y se agita en la cama. Siempre fue mañosa para despertarse, normalmente necesitaba de dos o tres intentos para disipar su fiaca y se desperezaba lentamente como una gatita. Sin embargo, últimamente ha cambiado sus costumbres: se despierta como que movida por un susto, sus ojos se abren sorprendidos y trata de salir de la cama rumbo al baño para meterse hecha un zombi en la ducha. Yo la espero con la mesa puesta y con el sándwich para el camino. Por el simple olor, sé que no es de pan integral y, justamente, debido a esos detalles, que se suman a lo largo de los días, empiezo a fastidiarme con los míos y a sentir sus indiferencias y desprecios. ¿Cuántas veces no le he dicho claramente a Guillermo que Cecilia necesita fibras? No me parece pedir demasiado que presten atención a esos detalles. Basta con ver la fisionomía de Cecilia, anda cansada y con ojeras, es evidente que necesita alimentarse mejor, menos mal que está el vaso de leche.

Lo toma con prisa, ni siquiera me mira con atención y, cuando yo le hablo que tengo fe en que hoy algunas puertas de empleo se le abrirán, tengo la impresión de que casi no me escucha. Hoy hice la prueba y le pregunté de sorpresa:

—Cecilia, ¿podés repetir lo que acabo de decir? —la indagué para demostrarle que mamá está siempre atenta y que existe una jerarquía que hay que respetar.

Pero toda su respuesta fue una mirada evasiva y cansada, con el «ay, mamá, que embole» subentendido y, en menos de dos segundos, ya agarraba su mochila y cerraba la puerta de casa, como si yo la sofocara. Es lo que queda después de años de dedicación, hay pocas cosas que duelen más que la ingratitud de los chicos. De repente, es como si fuese la nota disonante de la casa; de ser el motor y alma de la casa pasé a ser un estorbo, solamente porque se me fueron los clientes y me siento cansada, quizás un poco deprimida, qué va hacer... Pero como mínimo, exijo respeto y nadie me saca de la cabeza que las cosas andan raras en esa casa. Seguro que me esconden algo, quizás tengan un plan secreto de meterme en una casa de reposo, de atacar mis economías, mi parte en la finca de mis fallecidos padres, andá saber, ya no dudo de nada.

Decidí entonces hacer notar mi ausencia en casa para que den importancia a las pequeñas tareas del cotidiano. Aunque me cueste, resolví ignorar en los siguientes días la pila de vajilla que se acumula en la pileta de la cocina, la montaña de ropa sucia de ambos, el polvo sobre los muebles y la comida que quedó fuera de la heladera. ¡Que se pudra todo! ¡Que vengan a implorarme que vuelva al timón de la casa, que entiendan que a veces es necesario el orden y la disciplina y que hablen claramente lo que está pasando, por qué están tan abatidos y apesadumbrados! Quizás sea el momento de decirles entonces lo mucho que los quiero, que Guillermo es todo el orgullo de mamá, que me emociona su temple y su garra, su manera en la que recientemente se ocupa de Cecilia.

Quizás le explique a mi hija con todas las letras, en ese día lluvioso, que a diferencia de las ilusiones del amor y de la pasión, lo único que nos quedará siempre son los valores y el conocimiento. Será eso lo que la libertará, lo que le dará independencia para poder hacer planes con mejores perspectivas que las mías, porque la mayoría de los hombres se hartan de nuestras carnes con la misma rapidez con la que se hechizan. Para que un día vuelva a casa y no se encuentre con una nota sobre la mesa y un futuro para siempre atado a la supervivencia diaria. Que entienda que soy dura por amor, quizás por miedo a que se lastime.

Los esperé toda la tarde, la casa está desoladamente abandonada. No hay orden, no hay brillo, no hay una flor, el aire cargado parece contaminado. Me cuesta mantenerme en silencio, no rebelarme contra su pereza e indiferencia, noto que estoy a punto de estallar, cuando Cecilia decide preparar un té. Ha llegado el momento de la acción, porque no queda ninguna taza limpia y, por fin, alguien tiene que arremangarse la camisa y empezar a lavar la vajilla, por lo menos. Sin embargo, noto que Cecilia tiene otra cosa en mente: se dirige hacia el viejo mueble del living donde se encuentra la taza de porcelana que había sido de mi madre. Fue una de las pocas cosas en las que hice hincapié en el reparto de bienes con mis hermanas. No podía admitir que la utilizase por simple pereza de lavar las demás, ya era el cúmulo del absurdo, de la falta de consideración y, en un impulso descontrolado, avancé sobre ella a los gritos:

—¡La taza de mamá no se toca, pendeja descarada!

Seguramente Cecilia no esperaba esa reacción de mi parte y se asustó de tal manera que la taza se le escapó torpemente de las manos y se rompió en miles de pedazos como mi alma. Nos miramos sin vernos, estábamos asustadas con el imprevisto desenlace. Inmediatamente, Cecilia comenzó a llorar, lo miró con cara de terror a Guillermo y gritó.

—Fue ella, Guille, estoy segura, ¡yo la siento! —le dijo entre lágrima, mientras se iba a su cuarto.

Mi hijo no dudó por un instante siquiera a quién acudir primero y así volví a estar sola en el living, mirando los añicos de la vida, desubicada. Me invadió una tristeza muy grande y me fui a sentar en mi mecedora al lado de la ventana, que acumulaba gotitas de lluvia.

—No estoy loca, Guille —la escuchaba balbucear entre su copioso llanto—, tenemos que hacer algo, por Dios.

Pocos segundos después, Guillermo entró al living, creo que buscando algo en los anaqueles. Traté de evitar su mirada porque sus actitudes indiferentes duelen, para qué negarlo. De soslayo, noté que regresaba al cuarto de Cecilia con al Evangelio de tío Alberto en manos.

—Calmate y recemos juntos, Cecilia— le dijo con una voz tan suave y segura, que incluso a mí me trajo cierto alivio y esperanza. Recuerdo que tío Alberto decía que Jesús siempre es una buena opción para todas las desdichas.

Desde lejos, escuchaba sus oraciones y lentamente reposaba mi cabeza sobre el vidrio de la ventana. La noche densa ya estaba negra y alta, las luces de la calle generaban una luz difusa, que se destorcía al chocar con las gotas pegadas, tal como en el colectivo cuando lloraba al volver a casa. Las oraciones de los chicos en mi nombre hacían temblar el vidrio suavemente, como el motor del colectivo, un placentero y melancólico arrullo. Algunas gotas gordas pegadas descendían tan imprevisibles como mis débiles lágrimas. En la ventana, no veía ni mi reflejo, tampoco mi aliento empañaba el vidrio.

Definitivamente algo pasa en esa casa que nadie me quiere contar...

Tanto me relajé, tanto me reconfortaban las vibraciones que venían del cuarto de los chicos, tanto pensé en Jesús, que en ningún momento me asombré al ver a mi lado a mi madre, como si hace tiempo estuviese esperando por ese momento.

—Vení, mi hija—me invitó mamá con brazos abiertos, linda y alumbrada como nunca—, que en nuestra verdadera casa te lo cuento todo.

Antes de irme, me acurrullé en su regazo, escuchando las voces de mis hijos cada vez más lejanas, «*Santa María madre de Jesús...*», me acomodé en su calor y en su amor. «*...Ruega por nosotros...*», flotaba en el aire, como un dulce susurro.

Adormecí pensando que a veces la muerte nos parece un sueño que no recordamos al despertar.

Pánico

*“En verdad te digo que no saldrás de allí
hasta que hayas pagado el último centavo”
(Mateo 5.26)*

I

Crónicas de una revancha anunciada, por Jaime Martino

Veo mundos muy diferentes, realidades tan absurdamente dispares, que automáticamente generan en mí una inquietud indomable. La siento en el estómago frío, en el sudor excesivo, en la mirada muda, en el corazón descompasado. De tantos frentes, vienen esos golpes que no hay cómo protegerse o quedarse al margen, salvo si sufrimos otro cruel ataque de cobardía.

La miseria humana da pena. La mediocridad es indolente, los valores son secundarios; los pensamientos, enfermizos. En algunos hospitales, de este y de tantos otros países del continente, no hay ni siquiera vendajes o analgésicos; en alguna esquina, uno se encuentra con un arma apuntada entre las cejas y en alguna villa, las mascotas serán las de siempre: ratas y cucarachas.

Tengo una teoría simple. Los políticos que ganan las elecciones, los que teóricamente representan al pueblo, tienen que vivir como el pueblo, y basta. Sus mansiones, sus choferes, sus facilidades no nos representan. Tienen que sentir la realidad, tienen que vivir con lo que tenemos todos, o sea, servicios médicos públicos y espera de meses para una consulta, con viviendas en los arrabales, con colectivos... Y tienen que llevar a sus hijos al colegio público para decirnos si están satisfechos o no. Literalmente tienen que ponerse en lugar del prójimo; principio lógico, pero pocas veces aplicado con honestidad y, con facilidad, atrapado y sucumbido ante la ciénaga de fétidos egoísmos, ambiciones y ganancias.

Ayer ese diario publicó fotos de los «lesa patria», que arruinaron nuestra red de salud, en lujosos yates donde disfrutaban las vacaciones, aparentemente, sin importarles que su tripulación estaba compuesta por muertos; el ronquido del motor, formado por corazones que dejaron de latir; el casco de pieles, comido e infectado; el champán, hecho de lágrimas desconocidas, y las lolas de sus mujeres, agrandadas por los tumores no detectados en las secas mamas de madres ausentes. Los corruptos saben que asesinan, saben que condenan con cada centavo desviado y convertido en glamurosas vacaciones, en comidas exquisitas, en ropa de marca, en plásticas y eternas sonrisas.

La justicia, probablemente, no los alcanzará, pero ya no importa tanto. Los que pasan por dificultades resultantes del caótico sistema de salud (o, mejor dicho, sistema de muerte) no los verán encarcelados. Como si fuera poco, esos miserables enfermos que congestionan los hospitales públicos cuestionarán la existencia de Dios delante del sufrimiento y de la pena, despojados incluso de la fe. Eso les hará falta a los corruptos cuando se despierten después de la muerte en extensos campos sembrados de cadáveres, que tendrán sus rostros y sus nombres, sus frutos fallecidos.

Hasta ahora, no hubo noticia de que la ley universal de acción y reacción haya fallado en algún rincón del universo, ni que para eso sea necesario renacer en cuerpos carcomidos por las llagas de todos los dolores provocados.

No hace falta imprecarnos. No creo que tendrán algún argumento frente a Dios.

II

No me gustan los periódicos o la prensa en general, me marean sus modernos recursos, su verticalidad y la velocidad con la que, en cualquier momento, pueden hacer estallar un escándalo, cambiar una vida, vincularme a una grabación oculta o a un documento secreto, descifrar un garabato anotado en mi agenda. Todo me causa un poco de vértigo (incluso físico), una tensión constante que me hace registrar neuróticamente en cada ambiente las cámaras, los celulares o cualquier situación presumiblemente sospechosa; algo que prontamente se diagnosticaría como «manía persecutoria».

Aquella mañana leí el periódico de manera desprevenida. Los titulares de las portadas en nada indicaban cualquier señal de alerta. Sin embargo, ya en el primer párrafo del artículo de Jaime Martino, sin una aparente razón, tuve taquicardia, de aquellas que se desatan por algún temor en ser descubierto *in flagranti* en un acto ilícito. A medida que las palabras de Jaime Martino pintaban muertos y enfermos, yo me los imaginaba tirados en pasillos mal alumbrados, en camillas rotas, de manos trémulas, con sensación de desmayo, pavor y abandono. Leía el artículo y caminaba entre los muertos de Jaime Martino con sus expresiones agonizantes, como las sorprendidas víctimas de las lavas del Vesubio, sentía angustia inmóvil, gritos petrificados, pavores callados a fuerza del horror. Existían verdaderamente, y yo desfilaba frente a ellos, condenado por sus miradas ausentes.

Parecía sentir sus síntomas, mi corazón se aceleraba, tenía dificultades para respirar y, pasados unos instantes, ya mareado, empecé a sudar. En mi mente martillaba un pensamiento que, así lo sentía, no me pertenecía: «*de nosotros no te podrás esconder*». Una angustia tremenda me envolvía, el peso y el cansancio se apoderaban de mí en pleno escritorio. La última imagen que me quedó, antes de salir de esa frecuencia, fue la de una señora que tenía un agujero en el estómago. Yo sabía que era por mi culpa y que realmente no tendría excusa frente a Dios. «*No tendrás tregua, por todos los años robados*», volví a comprender, clavado en mi silla, sin poder reaccionar.

No pude concentrarme durante todo el día y traté de analizar la situación como un hecho aislado, provocado por el estrés y el cansancio.

—Si vuelve a pasar, sé que son ellos —dicté, como para ponerle las condiciones al acaso.

III

El restaurante era bueno y relativamente discreto, así como debía ser. Los tres vestían trajes ejecutivos oscuros, olían a perfume importado y tenían ademanes acostumbrados a los ambientes políticos, rostros con expresiones que disfrazaban cierta burla o desprecio irónico, el barniz de la impunidad que los hacía sentir superiores.

Como de costumbre, el tema central en aquella noche era la política y sus oportunidades, los hilos del sistema que manejaban para garantizar sus intereses. Seguían hambrientos, aunque las respectivas cuentas bancarias les privasen de preocupaciones mundanas. Mantenían viva la ambición a través de la necesidad de ostentar sus exclusividades con desdén, sus vanidades expuestas en frases fastidiadas, en displicentes relojes suizos, en sonrisas oportunistas y en miradas que evitaban profundidad.

Eran cómplices y tenían sus reglas, su estructura y su organización. Se generaba la demanda, se repartían los ganadores, se formalizaba la licitación y se lavaba el dinero. Bebían *scotch*, pedían langosta, recordaban de orgías y hacían un brindis a la lealtad que, todos sabían, era eterna hasta que se publicaba la primera evidencia concreta. Es una ley sin letras: si uno se deja atrapar, agonizará solo, como un desconocido, tirado en el pasillo del hospital sin lechos.

— ¿Alguien leyó el artículo de Jaime Martino en el periódico de hoy? —preguntó el número dos, ya finalizada la cena, a la espera del vino de Oporto digestivo.

La pregunta les sentó mal a los demás, que se acomodaron en las sillas y respiraron un poco más hondo que de costumbre.

—Es insignificante, no mencionó nada concreto. Retóricas, teorías, supersticiones, filosofías, seguramente, un frustrado más. Piensa que escribiendo pavores contribuye con algo —dedujo el número tres, tradicionalmente pragmático.

Al número uno esos temas poco le molestaban porque no se sentía culpable, no quería cambiar el mundo y, simplemente, seguía el historial de conducta que se había institucionalizado en el país desde tiempos de colonia. Miró a los demás y esperó en silencio a ver si el asunto se extinguía con la fastidiada respuesta del número tres.

—No sé, de algún modo me afectó. Quizás por el estilo, por las metáforas o por la amenaza invisible del tipo juicio final —reanudó el número dos, visiblemente preocupado, mientras recordaba el ataque de pánico que sintió al leer la crónica. Las imágenes tan pronto no se borrarían, de eso estaba seguro.

Con ademanes calmos, el número tres tomó un trago de *scotch*; rito antecesor de los buenos argumentos, el terciopelo de la voz seductora.

—Nunca jamás en la historia de ese país se invirtió tanto en salud pública como en los últimos años, y vos sabés que somos parte de eso. ¿Qué te digo, che? Conocés los números mejor que yo. El porcentaje que históricamente se cobra no hace ninguna diferencia, vos lo sabés, siempre ha sido así —contestó el número tres, basando su conciencia en estadísticas.

El número uno se acomodó en la silla porque sabía que la argumentación era suficientemente convincente para la ocasión.

—Pensá en tu familia, en tus hijos, en las personas que ayudás. Lo hacés por ellos, para que tengan sus oportunidades, que vayan detrás de sus sueños, ¿no es justo hacer lo mejor por los demás, por las personas que amamos? Necesitan de vos, cuentan contigo —arremató el número uno en tono comprensivo, y lo acompañaron dos palmadas cómplices en los hombros.

Sabía que esos principios de exabruptos podían generar debilidades en el ventajoso engranaje que necesitaba funcionar sin complejos o hesitaciones. El número uno era prodigioso en construir verdades que saciaban la conciencia, y sus palabras realmente produjeron los efectos deseados. Luego vio cómo el rostro del número dos se distendía, cómo recobraba firmeza en su postura corporal, con mirada serena, más convencido y aliviado. Sin embargo, decidió que pasaría a observarlo más de cerca.

IV

Las palabras del número uno me habían calmado y yo estaba confiado en que lo ocurrido durante el día era un hecho aislado. Por todo lo acontecido, me dio cansancio, me sentía pesado y, pese a que casi no había tocado la comida, me dolía el estómago. Encontré a Marcia todavía despierta en la sala de TV. Como siempre, estaba impecable y me saludó con un beso tibio, desatenta.

—Tenemos que decidir donde pasaremos las fiestas de fin de año —me dijo en algún momento—. Tengo que prepararme, no es lo mismo Punta que Miami, querido...

Era otro mundo. Estaba sentada en uno de las butacas enormes frente a la tele y tomaba un vino blanco francés. «*Hoy deseo algo más sofisticado, el patriotismo tiene sus límites*». Luego me contó algo sobre un nuevo restaurante de moda («*es bueno, estilo mediterráneo*») y sobre sus amistades («*creo que Nérida Teles se hizo una lipoaspiración*»). Casi no nos mirábamos y, claramente, para ella la televisión tenía prioridad ante nuestra intercalada charla. Me pregunté si era para *eso* que yo lo hacía todo, para esa redoma de futilidades y apariencias, para que los dilemas de mi familia fuesen casi perversos.

Ya acostados, el anhelado silencio fue el anticipo del miedo y del insomnio y, luego, se quebró por los satisfechos ronquidos de Marcia, cuya completa falta de remordimientos me irritaba crecientemente. Sabía que la noche sería larga y que *ella* estaba ahí, presente.

—Tenés razón, acá estoy —me contestó—. Mirá sin prisa, al pie de la cama.

No dudé en hacerlo pese a que mi cuerpo pesaba una tonelada y me costaba darme vuelta en la cama. Me sonreía fríamente.

—Qué bueno que me veas. Es lo que me basta por ahora, así morirás poco a poco —me dijo repetidas veces como un vinilo rayado, sin mover los labios, con sus vísceras putrefactas.

En algún momento me dormí, agotado, y me desperté asustado un par de horas después debido al despertador. Luego los primeros sorbos del café confirmaron que algo andaba mal con mi estómago.

V

Le había pedido a mi secretario Pereyra que fuéramos a un puesto de salud cualquiera, sin avisarles previamente a los responsables y, mucho menos, a la prensa.

—Es un político diferente —le explicaba Pereyra al director del puesto de salud—, muy cercano a la realidad. Quiere ver con sus propios ojos —concluía sin creer demasiado en sus palabras.

Las deficiencias, las necesidades eran evidentes. Faltaban lechos, medicamentos, aparatos, médicos especialistas. En la mirada de los enfermos estaba la certidumbre del calvario, la resignación frente a la impotencia compartida por el equipo médico sin recursos, que estaba motivado únicamente por algún idealismo particular o por negarse a no compartir los dolores. Cansados, buscaban dignidad.

—Sr. Secretario, todos vienen para acá porque necesitan ayuda, sufren, tienen miedo. Lo que recién vieron es todo lo que les podemos ofrecer —nos dijo al final el director, que enseguida fue a atender una emergencia.

Me gustó su manera de ser, me gustó la manera displicente con la que me trató, con cierto desprecio y falta de interés. No nos pidió nada, porque estaba seguro que nada haríamos. No dio ninguna sugerencia, porque sabía que la prioridad política era otra, porque no creía en nosotros. Nos sacó de encima lo antes posible porque le dábamos asco, auténticos lobos en pieles de ovejas. La tarde era calurosa, el ventilador de la sala estaba roto, la atmósfera era pesada y agobiante, volvía a sudar.

—Vámonos, Pereyra —le ordené anhelando aire, para salir lo antes posible de aquel purgatorio.

Anduvimos por entre enfermos, vimos desolaciones y dolores en pasillos asfixiantes que olían a miedo; mientras, en mi cabeza, yo sumaba dólares, buscaba recordar cuánto había ganado con los esquemas, cuánto sufrimiento había llenado mis bolsillos. Aceleré el paso, aflojé el nudo de la corbata. Los pasillos me parecían un laberinto sin fin y cada enfermo parecía gritarme con creciente rabia, me acusaban y le daban vida al mar de muertos retratado por Jaime Martino.

«¿A cuántos habré matado?», me preguntaba medio encorvado por el repentino dolor de estómago, necesitado de expurgarme, crecientemente desesperado. Vi mi cara pálida y sudada por culpas en el reflejo de la puerta automática a la que me acercaba, y al lado, vi a la señora con el hoyo purulento en el estómago, cuya presencia terminó de

marearme. Al instante en que se abrió la puerta, mi dolor se agudizó y, ya de rodillas, sentí fuertes calambres en el estómago.

—¡Asesino! ¿No soportás ver tu obra? —me gritaba la señora mientras me advertía que me lo haría recordar por siempre, que tenía tiempo de sobra y que no la podría comprar.

Ayudado por Pereyra, me negué a volver al hospital y, mientras caminábamos lentamente hasta el auto, secas lágrimas se me escapaban y me humillaban. Estaba indefenso y no tenía esperanzas de salir de esa situación. Mi conciencia, impávida y distante, me decía que lo merecía.

VI

En las siguientes semanas, me hice una serie de exámenes que, con mucho esfuerzo, detectaron un principio de gastritis, nada que justificase los dolores agudos que me acometían. También busqué ayuda psiquiátrica. Escucharme era como mínimo sospechoso. ¿Cómo hablarles de esa mujer que me acompaña, sin pasar por loco? ¿Cómo decirles que los exámenes no mostrarían nada porque los dolores y la angustia que sentía, en realidad, eran los de ella? No me atreví mucho a profundizar sobre esa situación, sobre los sentimientos de pánico, y, si bien las pastillas recetadas me estabilizaron temporalmente, no borraban la existencia de aquella mujer que, estaba cada día más seguro, se había muerto por mi culpa.

Me sentía tremendamente solo, sin piedad. No podía hablar con nadie respecto a ese asunto en su plenitud sin exponer los esquemas de corrupción, el detonante psicológico de ese trastorno de pánico. En una noche en que Marcia se encontraba menos dispersa, le comenté que veía bultos amenazantes, como tanteando su receptividad, que resultó ser superficial.

—Debe ser el estrés —dijo un poco incómoda por el asunto.

Y nada más. El silencio instalado se debió a su total falta de palabras capaces de calmarme, de explicarme, de entenderme, de desafiarme rumbo al enfrentamiento de mis miedos. Su rol para siempre sería ese, con límites claros que eran formados por su apariencia, su lado maternal y la sociedad, su trinidad sagrada, sus dioses. Éramos cada vez más extraños.

Al psiquiatra también le hablaba a medias, más síntomas que sobre sentimientos, aunque creo que las informaciones que le pasé eran similares a las de otros casos y suficientes para que me indicase la medicación correcta. El problema era que yo no creía en el tratamiento, de la misma manera que un reo culpable sabe que no tendrá absolución, que la condena vendrá realmente con la consciencia, eterna e incontrolable. El doctor podría recetarme poderosas píldoras que regulasen químicos y sinapsis, sin embargo, no lograrían hacer desaparecer a la mujer cuyo hoyo en la región del estómago no paraba de inflamarse. Vivía dopado y, aunque tratase de vivir de manera normal, me era imposible.

El pánico que sentía era comandado por ella, por sus inesperadas apariciones que varias veces me dejaron en situación bochornosa frente a otros políticos, a mi familia y a mis amigos. A tal punto me afectaba que decidí rápidamente aislarme del mundo por falta de opción. Mis minutos eran medidos por la ansiedad, mi cuerpo estaba roto, mentalmente desesperado, *mens inasana in corpore insano*. Todo se resumía a esperar a que apareciera, a saber que aparecería, que minutos o días de tregua eran nada más que una tortura psicológica para quitarme las esperanzas de que un día se fuera, de que no existiría más. Porque volvía, siempre volvía, y cuándo lo hacía, me paralizaba el cuerpo y me ofrecía sus imágenes de los muertos del desdén y de la corrupción, me hacía sentir sus dolores agudos, muy similares a la apendicitis, enfermedad que no debería ser letal.

—Tenés razón, asesino, pero no había lecho ni antibióticos disponibles. Esperé horas por una ambulancia con el apéndice reventado. Durante el traslado, cada bache de ese asfalto de mierda era como un cuchillo oxidado que me perforaba el alma. ¿Escuchás el llanto de mis cuatro hijos, que dejaste huérfanos?

Los escuché la noche entera, los sigo escuchando ahora, interminables.

VII

El número uno me lo informó sin rodeos y ambos concordamos que no reunía condiciones para las exigencias y los riesgos del cargo. En realidad, yo trababa el engranaje y tenían que apartarme. Ejercería una posición interna en el partido, con menos exposición, hasta que estuviese plenamente recuperado. Establecimos nuevas distancias, ni muy cerca ni demasiado alejados. Aliviados, nos despedimos sin reproches.

VIII

Desde un par de meses, no reunía más las condiciones para resistir, simplemente capitulaba y me entregaba, me acostumbraba, con el paso del tiempo, a sus acusaciones, a su rabia y a su control. Desde que noté que no encontraba salidas, decidí minimizar el daño lo máximo posible, aunque el precio fuesen severas restricciones.

Dejé de conducir y opté por un chofer del partido para hacer, casi que únicamente, el mismo recorrido entre mi casa y la oficina. Con eso garanticé mi seguridad y la de los demás, una vez que los ataques de pánico dejaron de tener hora y lugar, lo que casi había provocado accidentes de tránsito. Trabajaba únicamente en mi despacho y delegaba lo máximo posible, en especial, actos públicos y reuniones. Socialmente desaparecí, lo que no le impedía a Marcia frecuentar ambientes exclusivos (*«no pudo venir porque es “workaholic”, siempre preocupado por el bien del país»*). El dopaje de los medicamentos se arrastró a los demás campos de mi vida, me recluía en mí mismo, consciente de la depresión hasta el punto de adaptarme a esa nueva situación sin perspectivas. No entendía cómo de la corrupción llegué al trastorno de pánico, cómo funcionaba el mecanismo, pero sabía que, en mi caso, todo eso solamente pasaba debido a mi conciencia, esa era la puerta que abrí y por donde se infiltró el caballo de Troya, que escupía los muertos de Jaime Martino.

Por otro lado, debido a la casi total soledad, ya no me asustaba tanto con mi perseguidora, en realidad una de las pocas compañías en esos tiempos. Su herida seguía purulenta y de una manera u otra notaba que su furia y su rencor disminuían, no debido a algún acto de caridad o de tregua, sino porque se contagiaba de esa modorra existencial en que me encontraba.

También creo que la contagió mi falta de resistencia y la aceptación de mi condena, simplemente me ponía de rodillas, así la sentía cerca y le pedía perdón. Al principio, me trataba con más desprecio aún, con ácido escarnio, pero, poco a poco, mostraba síntomas de fatiga. Mi estado deplorable y mi repetida capitulación desesperanzada, aparentemente, le enfriaban su cólera.

Nos comunicábamos por pensamientos, la veía con los ojos de la mente y sabía que no se trataba de una creación de mi fantasía, porque actuaba independientemente de mí voluntad, sorteando sus apariciones, sus mensajes, sus acusaciones. Deduje que era un espíritu, lo más factible, basándome en mis encuestas y estudios alternativos por Internet. Dónde existía y cómo existía no sabría explicar, pero era parte de mi realidad, de mi

cotidiano. En una calurosa noche muerta, le pregunté por su nombre (Valeria), pero no le conté a nadie porque tenía miedo a que me internasen («¡ahora les pone nombre a sus amigos imaginarios!»).

—Decime qué puedo hacer por vos —le pedía con sinceridad.

Sin embargo, me quedaba sin respuesta, Valeria se callaba, casi se apagaba. Creo que ni siquiera ella lo sabía. De enemigos, nos convertíamos en almas simbióticas, alimentadas por el sufrimiento, por nuestra condena, por nuestro presente. Ya no me asustaba más, ya no me aceleraba el corazón, ni me hacía ver otros muertos, dejé de sudar, pero seguía con cólicos. Nos uníamos en la depresión, en la soledad, sentía que me consumía, me llenaba de cansancio. Invariablemente soñaba con ella, parecía que ya me esperaba.

—Al menos me tenés a mí... —le dije un día en la que estaba particularmente triste, llorosa, casi indefensa.

Su herida apestaba horrores, su pelo endurecido daba lástima, su estado era cada vez más cadavérico, su aliento se asemejaba a una fosa enrejada por dientes podridos. Sin saber qué hacer, enjuagué algunas lágrimas suyas y la abracé sinceramente. No ofreció resistencia y ese gesto fue como una débil luz en medio de nuestra oscuridad, fue una gotita de amor sobre corazones resecaos.

—Perdoname, Valeria, lo siento muchísimo —volví a implorar antes de que cerrara los ojos, antes de besar a su gris y fría mejilla. El tardío beso fétido del arrepentimiento.

La miré en mis brazos, cansada. La acuné, así como me imagino que lo harían las madres, con el amor original, el sentimiento puro de un pordiosero. Sin saber cómo lidiar con esa sorprendente situación, ni cómo ayudarla, recurrí a lo único que vino a mi mente para aquellos que nunca tuvieron la costumbre de rezar:

—Padre nuestro que estás en los cielos —le susurraba con el corazón en llanto, haciéndole mimos el pelo duro—, santificado sea su Nombre....

VIII

Los siguientes días fueron sorprendentes. Nada de nauseas, nada de su presencia, menos angustia, tristeza y cansancio; conseguí dormir por tres restauradoras noches

seguidas. El dolor en el estómago desapareció por completo, me sentía más dispuesto, más liviano, parecía que se había ido definitivamente.

Sin embargo, a medida que me sentía aliviado y tranquilo, también seguía desconfiado, y cualquier ruido me dejaba sobresaltado y aceleraba mi corazón. Había una puerta que permanecía abierta, una alarma que acusaba el peligro pese a los días calmos. Recobraba también un poco la fluidez de raciocinio, lo que me posibilitaba rescatar pensamientos que había creado en los últimos tiempos y que no lograba disecar. A esa altura, sabía que lo de Marcia era cualquier cosa, menos entendimiento del amor, que las amistades son relativas, que la ceguera moral es un cuento que no se sostiene frente a la cruda conciencia y, principalmente, que me curaba debido a Dios, a su misericordia.

Quería cambiar muchas cosas, repensar mi actuación política, charlar con Marcia sobre sentimientos y con el cura, sobre la fe. Recuperaba la disposición y antes de dormir hacía, ansioso, planes para el futuro, aunque ingenuos y quizás poco profundos.

— ¡Ja ja ja! —Escuché por detrás de la puerta entornada—. Yo también tenía planes, ¡imbécil!

Instintivamente miré con los ojos cerrados al pie de la cama, donde antes solía encontrar a Valeria; rey muerto, rey puesto. Creo que me atrajo su aura de odio. Era el espíritu de un hombre de alrededor de los cuarenta años, de piel gris azulada, de corazón desproporcionalmente grande y que pulsaba de forma irregular.

—Qué bueno que me ves. Es lo que me basta por ahora —me dijo sin mover los labios en el momento que mi corazón latía descompasadamente.

Fue el segundo, no recuerdo su nombre, sé que es imposible recordar a todos. Sé que también lleva mi apellido, así como los demás que vinieron después y los que vendrán, porque, como dijo Jaime Martino, *«hasta ahora no hubo noticia de que la ley universal de acción y reacción haya fallado en algún rincón del universo»*. No me quejo, no busco absolución ni mucho menos abandonar la pelea. Pasaron Marcia, el partido, los amigos, los lujos. No los extraño. Con certeza, sé que no saldré de allí hasta que pague el último centavo. Aguanto sus desprecios, rabias, humillaciones, absorbo mucho de sus síntomas, vivo dopado y, cuando les hablo de Dios, cuando rezo por ellos y sigo pidiendo perdón, muchos llegan al ápice del desprecio.

—¿Ahora sos creyente, asesino de cuello blanco? —me preguntó con cortante ironía el espíritu acusador de turno.

—Es todo lo que me queda y lo máximo que puedo hacer por vos —contesté con resignación.

Es lo único verdadero que me queda en medio de mi desolación, la certeza de que Dios no nos niega la oportunidad de pagar para recomenzar. Es también mi único argumento.

Paralelos

*“El pasado no reconoce su lugar:
Está siempre presente...”*
(Mario Quintana)

La ruta era extensa y, como la distancia entre las ciudades vecinas ahora era más corta, decidí hospedarme en la siguiente, en la que el cartel indicaba que se encontraba a veinte kilómetros; la suficiente distancia para fumar un cigarrillo más, escuchar otro tema de *blues* y pensar el inevitable recuerdo de Fernanda, cuyo rostro prácticamente se dibujaba en el cielo de plomo, de saturadas nubes que pesaban como mi alma. Los vastos campos potenciaban la amplitud y la profundidad del cielo, cuyo manto de nubes actuaba como un divisor de mundos, y los pocos rayos de sol que lograban perforarlo eran verdaderos cañones de luz a alumbrar el escenario de la Ciudad, cargada de eléctricas memorias y de efímeras sombras, que buscaban camuflarse junto al atardecer. Por encima de las nubes, se dibujaba otro mundo de regeneración y de infundada esperanza, de pinceladas en variados tonos de amarillo, naranja, rosa y violeta en un cielo que todavía se bañaba en sol.

—Inalcanzable como el infinito. —Suspiré, probablemente pensativo.

Llegaba en el momento preciso cuando el sol se pone, pero sigue repercutiendo minutos después, y arma una silenciosa batalla de sombras inclinadas por veredas, paredes, ventanas, mientras gana terreno a la luz que retrocede sin espanto ni desesperación. Se notaba que la pacata Ciudad tenía historia, que en algún momento vivió un apogeo económico que luego no supo perpetuar, pero que dejó huellas en su decadente rostro de paredes descascaradas, en casas de ventanas cerradas, en alguna antigua fábrica abandonada, en obras fieles a detalles y líneas arquitectónicas clásicas que resistían a la pasividad del tiempo, custodiadas por árboles seculares.

El bullicio cotidiano de la calle se concentraba casi que únicamente en la avenida central y apenas llegaba a las calles cercanas por las cuales decidí transitar, algunas todavía atadas al pasado por hilos casi tangibles, embebidas en el silencio y en la modorra que necesitaban para manifestarse, como si los ecos y los pasos remotos pudiesen algún día devolverles la altivez extrañada. También me sentía tocado por sus olores, que descifraba como un enólogo, aromas que formaban y despertaban memorias: allí el aire olía a campo, tierra, trigo, heno, lluvia, excrementos de animales, diésel, comidas y cocinas calientes; olía a pasado, a nostalgia, a tiempo parado. En sutiles oleajes, me sentí

repetidas veces transportado a otro tiempo, a una Ciudad Paralela, algo que me agradó, necesitado de otras realidades.

Inexplicablemente, algo por acá no me era indiferente. Sabía que mi condición emocional no era muy estable, que la situación con Fernanda y con algunos recuerdos atados me sobresaltaba y me fatigaba mentalmente, aunque desde mi partida trataba de diluirlos en la inmensidad del campo, en la ruta de pocas curvas, en el viento constante, en la música y en los cigarrillos; lo suficiente para proporcionar estabilidad y lejanía. Sin embargo, ya en las primeras calles de la Ciudad, tuve la sensación de entrar en una disimulada trampa que me seducía con su familiaridad, como si abriese inmensos brazos para festejar mi regreso y para luego sofocarme en su abrazo de serpiente, en su pecado original, que hacía circular su veneno en mi sangre, sin fuerzas para resistir o comprender.

Arribé a la Municipalidad ubicada en frente de la Catedral, ambas separadas por la plaza formada por un cuadrado, con arcos simétricos en cada lado y con la estatua del Libertador en su centro. Mis ojos eran atraídos hacia detalles: si pasaba por cualquier construcción más moderna, eran los arboles de la plaza, la boletería del teatro con su café en la planta baja y sus fotos en blanco y negro, los rieles en desuso de los antiguos tranvías, los adoquines, las campanas y vitrales de la Catedral los que me provocaban desasosiego. Miraba las escaleras de la basílica y veía un velorio en la Ciudad Paralela. Miraba el decorativo piano del café y escuchaba música de salón y, cuando por fin me encontré frente a otra antigua construcción a dos cuadras de la Catedral y confirmé que se trataba de un colegio de padres, allí, en la Ciudad Paralela, un cura con dedo en ristre, aire enfadado y mirada severa, gritó repetidas veces para que ningún pibe se atreviera a olvidarlo: «San Cayetano, el santo de la providencia, patrono del trabajo y del pan...». Se refería al nombre de la institución, confirmado unos metros más adelante por un cartel mal alumbrado por una luz amarillenta.

Ya no sabía si veía la Ciudad o si la recordaba simultáneamente, probablemente, ambas opciones. Era el pasado que ya corría por mi sangre, eran las voces de antaño que, por alguna razón, permanecían allí, esperándome. Empezaba a oscurecer y decidí buscar un hotel. Lo encontré de inmediato («Gran Hotel») a tres cuadras, cerca de una antigua finca, que ahora estaba adaptada para servir de Museo Etnográfico. En todos los caminos que recorría, parecía que llegaba atrasado, que pisaba el pasado, como si la Ciudad me estuviese esperando hace un siglo, con su escenario interactivo e inerte, sus diálogos y detalles secretos, como si me conociera y estuviese observándome, anteviendo mis pasos,

mis inquietudes. Definitivamente estaba alerta, no sentía paz, y las sensaciones, tan fascinantes como inexplicables, no quitaban el aura de destino, de fatalidad. ¿Le hubiese pasado lo mismo a Fernanda?

El recuerdo no me hizo bien, me dejó más agitado y ansioso, destapó aquel baúl de sentimientos tan contradictorios, como su alivio al verme partir y sus lágrimas por un amor, que quizás no volvería, pero cuya inminente distancia, por ahora al menos, les daba paz, un triste descanso. Y junto a ella, Alonso y su mirada triunfal al ver que me iba, bien disimulada frente a Fernanda, poco después de sus gritos desesperados, de su fingida cara de terror en la que se notaba el brillo del odio. Sus ojos esperaban mi descontrol, mi incontenida rabia que ya se sacudía por completo entre mis puños, estaba ansioso por que me atreviese a más para definitivamente condenarme.

La oportuna aparición de Fernanda, poseída de una fuerza sobrenatural que me trabó los brazos descontrolados, nos salvó a todos del derrumbe físico y moral. Fue suficiente para que se escapara Alonso, para que me preservase del futuro arrepentimiento; sin embargo, fue insuficiente para restaurar la confianza que se había roto. El último hilo de esperanza era el dolor que nos oprimía, que hacía temblar nuestros cuerpos abrazados; sabíamos que, más allá de nuestro amor, la sombra de Alonso parecía ser más grande que mi débil luz interior. Él despertaba mi lado más oscuro, tan negro como la ceguera, tan insensato como un crimen.

Necesitaba despabilarme y decidí buscar un lugar para cenar luego de una buena y fría ducha. Siempre me gustaron los locales más simples, de comida honesta y bien servida. Encontré un restaurante de apariencia modesta y antigua, a media luz, con muebles de madera oscura, manteles de lino con dibujos en forma de cuadrados rojos y blancos. La decoración de las mesas se resumía a aceite, vinagre, sal y pimienta, sin música ambiental. Me atendió el dueño, un señor de unos setenta años, que luego me aseguró, un poco resentido, que el plato y el vino de la casa no me defraudarían. Esperé mientras miraba la noche por la ventana, negra compañera, expuesta a los vientos que, con determinación, barrían los pocos transeúntes de las calles y anunciaban la tormenta, hacían balancear los semáforos que pendían en el cruce y creaban pequeños remolinos de hojas secas y polvo, que se disipaban con la misma velocidad con la que fueron creados.

El ambiente externo contrastaba con la calma del restaurante casi vacío, con el calor agradable de su interior y, principalmente, ahora me daba cuenta, con el sabor del tinto que me acogía, me invitaba a observar esas escenas cotidianas y agregaba a mis

sentidos un bienestar que me envolvía el espíritu. Cuando por fin llegó el plato de la casa, ya los aromas me habían seducido antes de que mis ojos se espantasen. Delante de mí, un jugoso bife de chorizo, acompañado de una salsa de frambuesa y papas a la provenzal, idéntica a una exquisita receta de Fernanda.

Pensé en llamarla para contarle lo ocurrido, decirle que era otra de tantas coincidencias desde que había llegado a la Ciudad (Paralela), que podríamos tratar de descubrir juntos lo que podrían significar esos supuestos signos (Fernanda estaba convencida de que Dios se comunicaba con nosotros desde un enmarañado de acertijos). Quería decirle que podríamos jugar con las probabilidades, dejarnos ir hasta aquellos lugares donde sonreímos, donde nos divertíamos y confiábamos, donde la ausencia de Alonso era señal de irrealidad, del sueño muerto.

Sin que lo hubiese pedido, el señor Mauro me trajo un postre vigilante riquísimo, compuesto por una rebanada de queso Pategrás (nuestra debilidad, otra vez Fernanda) con otra de dulce de membrillo.

—Es herencia de los antiguos dueños —me comentó al pie de la mesa—. Antes de lo ocurrido, acá funcionaba una cooperativa lechera.

Ahora me daba cuenta de que había algunos indicios sobre el pasado, unos carteles y utensilios viejos y, cerca de la caja registradora, fotos en blanco y negro. En ellas se veían unos carros de buey repletos de lecheras, parados delante del almacén con los típicos letreros. En otra foto, aparecían señoras cuajando leche, separando suero, curando quesos. Al lado, se encontraba enmarcada una nota de un periódico, que mostraba una pareja de alrededor de los cuarenta años, que recibía una placa conmemorativa de las manos del vicealcalde.

—Fue en el mismo día que todo se vino abajo —dijo el señor Mauro, que me observaba—. Siempre pienso que, en la foto, ya se anunciaba la tragedia.

Al principio, me pareció un mero comentario para hacerse el entendido, pero al echar una mirada más meticulosa, creí que algunos detalles le daban razón. Los rostros de la pareja eran serios, no coincidían con el evento festivo. Parecían perdidos, desubicados, de sonrisas frágiles. No miraban hacia la lente de la cámara: ella miraba hacia abajo, rostro protegido por un sombrero; mientras él tenía la mirada evasiva, perdida, como un chofer en una interminable ruta recta, que por momentos se ausenta del presente. Sin embargo, había algo sombrío en la foto, algo que la confería ese aire de

tensión, igual que el cielo cuando yo arribé al final de la tarde, un mal presagio con la magnética fuerza de un imán que atrae, porfiadamente, su aciago destino.

— ¿Usted también lo siente? —me preguntó el señor Mauro con el vuelto en las manos.

—Hay algo nefasto en la foto, pero no sabría decir qué es. —Coincidí.

—Es la mirada del hermano —dijo enfáticamente el dueño del restaurante, señalando un hombre en el fondo de la foto.

A pocos metros de la pareja, aparecía, casi desapercibidamente, un hombre que los miraba con brillo en los ojos, una chispa conocida repleta de envidia, crueldad, poder y odio. ¡Era Alonso! No lo pude creer. Me asusté porque no sabía qué hacía Alonso en aquel lugar, en aquella época, en la Ciudad Paralela. No importaba que los rasgos fisionómicos de ambos probablemente no coincidieran; la mirada era igual, era la misma que me dejaba descontrolado cuándo la dirigía hacia mí, disimulada y provocativa a la vez, de silenciosa y triunfante evasión.

La sensación era agobiante, me sentía en una emboscada invisible, manipulado por situaciones fuera de mi alcance, surreales. Volví caminando por la Ciudad ahora maldita, casi desierta. El viento incesante parecía traerme amenazas, como el tambor del enemigo por la noche, insistente, demostrando que estaba ahí, que Alonso se preparaba, que se fortalecía. Era el pasado de la Ciudad que, de alguna manera, me acosaba, que desde el principio paseaba por mi mente a través de los rincones, calles, olores y ruidos para, de repente, ya seguro de mi ingreso a la Ciudad Paralela, levantar su pesado puño y mirarme a la cara con los ojos de Alonso, para sangrar mi máscara, hacer emerger esa incontenida rabia delante de Fernanda y para entregarle mi confesión, mi verdadero carácter.

«No quise ser así, no quiero ser así», le dije al salir de casa y me lo repetía mientras caminaba con pasos vacilantes por la Ciudad con sus fantasmas despiertos. Si no me devolvía a los pies de Fernanda bañado en perdón, al menos ya no retendría mi impulso de matar Alonso y sus tentáculos, matarlo repetidas veces hasta que el acto me agotase, hasta exprimir de mi veneno el antídoto, hasta saciarme del placer homicida para comprender su inutilidad. Tuve insomnio, congoja, vergüenza.

Al día siguiente, me dirigí derecho al diario de la Ciudad y, luego de presentar mis credenciales de periodista, tuve a mi disposición sus archivos históricos, que retrataban la tragedia de los hermanos Villar. Se trataba de un crimen pasional de gran repercusión,

confesado ante el tribunal Alonso, entonces conocido como Augusto, altivo y sin trazos de remordimiento, según los periodistas de la época. Dijo que Laura y Facundo lo habían traicionado, que ella era su prometida desde que, en una «inolvidable y eterna tarde» de su infancia, hicieron un pacto de sangre por un futuro enlace. Aparentemente, no contestó otras preguntas, todo lo que dijo fue: «Laura me pertenece, y las deudas de sangre con sangre se pagan».

La condena también se basó en un supuesto tratado científico del doctor Hubert Klein, un excéntrico inmigrante alemán que se radicó en la Ciudad a fines del siglo XIX, que incluyó el caso en su «*Tratado Experimental de la Esquizofrenia y de las Personalidades Ocultas*». En el libro, los datos, los matices de comportamiento, las subdivisiones de personalidades eran mezclados, con la misma naturalidad y atrevimiento, con «santerías, costumbres ancestrales de un pueblo subdesarrollado, sospechas de exceso de carne roja en la alimentación y alineaciones planetarias». Añadía que sospechaba que existía una relación directa entre los surtos psicóticos y el constante viento de la región, capaz de producir insomnio crónico y altos niveles de ansiedad, lo que fue comprobado en los posteriores años de reclusión de Augusto (¡Alonso!). En la prisión, permaneció en un estado mental duplo y simultáneo, que se resumía a la obsesión por Laura y la constante vigilancia hacia los ataques de Facundo, muerto y sepultado, pero que, según el enfermo, «seguía vivo con el cuchillo clavado en el estómago».

Para mí, estaba claro que los inmediatos cólicos que sentí en la región de la cuchillada eran psicósomáticos y estaban correlacionados. Lo que me espantó fue su impacto. Llegué al baño a punto de desmayarme, encorvado, agarrándome la barriga de la misma manera en que lo hizo Fernanda cuando me dijo, con miedo, entre nauseas e incertidumbres, que estaba embarazada. Recién nos habíamos conocido, eran nuestros primeros meses, nuestros primeros sueños y luego, la inesperada noticia.

Arrodillado frente al inodoro, estaba desesperado por vomitar, por expurgar lo que sentía crecer en mi estómago, pero todo lo que salía era baba y bilis. Parecía que mis vómitos eran emocionales, que eran confesiones.

—No lo quiero, no lo quise —me decía Fernanda en las muchas crisis de llanto que tenía desde el embarazo—, pero siento culpa de ser así.

Lo rechazó al nacer, «depresión posparto», diagnosticaron los médicos. Alonso presentó bajos niveles de azúcar y yo me encerré y evité estar en casa, siempre fría. Por algunos años fue así: Alonso siempre aseado, bien alimentado, solo. Yo casi enloquecí

porque sabía que era injusto, que el pibe era inocente, pero hasta callado, con solo mirarme, ya me molestaba y me alejaba. Casi no lo tocaba.

Pero al pibe poco le importaba y tampoco me hacía mucho caso. Pocas veces lloraba y, cuando decidía hacerlo, en especial en las noches en que Fernanda y yo nos dedicábamos a nuestra intimidad de pareja, su llanto venía desde la profundidad de su alma, en el cuarto al lado. Un llanto que no era de hambre ni de dolor, pero que era capaz de estremecernos, de atacarnos la libido, de infiltrarse en nuestra mente como una traba. En una noche así, empezó lo verdadera fractura. Fernanda y yo sabíamos que nos buscaríamos, entre galanteos y provocaciones; el vino trataba de bloquear pensamientos y soltar fantasías y deseos. Pero era una fuerza descomunal; mientras yo la desnudaba, los pensamientos ya me invadían, sentía que Alonso, en la cuna, separado por la fina pared del cuarto, se interpondría, que, inconformado y enfurecido, agitaría piernas y brazos. Desesperado, yo me perdía, evitaba sus lindos senos porque allí lo encontraba; con voracidad, buceaba en su vientre, de dónde salió, y peleaba con miles imágenes. También la sentía desesperada, lejana y esforzada, pero mientras heroicamente intentábamos rescatarnos, oíamos el primer chillido, el principio del llanto, Sentía que Fernanda también trababa, pero que su pensamiento ya no era de deseo, que el aire de seducción era cortado por su presencia, su rencor, el anticlímax total.

Aquella noche sucedió por primera vez. Desmoralizado y flácido, me adentré en su cuarto, me acerqué a la cuna y lo sacudí frenéticamente, le grité. No lloró ni se quejó. Me miraba con esos ojos de Alonso, de victoria, de satisfacción; me miraba desafiante hasta que Fernanda se acercó, momento en el cual estalló a todo pulmón y solamente sosegó en los brazos de la madre, triunfante. Si todavía no sentía el amor de Fernanda, el desgraciado («¡qué digo!», me censuraba) encontraba la puerta del instinto materno y, poco a poco, bajo el disfraz de indefenso, se hacía un hueco en su corazón.

Creo que esa escena, los remordimientos de Fernanda y el hecho de que yo me ausentara mucho de casa imperceptiblemente, los acercó. Alonso le hacía compañía, se portaba bien e instintivamente desarrolló una intuición precisa para hacerse presente, sentir los estados de ánimo de su madre y de conquistarle el cariño y la confianza en silencio. Repetidas veces los encontré en momentos de cariño, cada vez más frecuentes y abiertos. Sin embargo, hacia mí todo era descarado fingimiento, era impresionante que un pibe tuviera esas miradas y expresiones casi adultas, cómo si, por detrás del rol de inocencia y niñez, se escondiese un viejo rival.

Me recompuse, aunque fuese por puro abatimiento. Gané otra vez las calles de la Ciudad Paralela y mis pasos me llevaron hasta la catedral, de cabeza gacha, huyendo de cualquier espejo, porque temía que fuésemos iguales. En el fondo, entendía que la rabia incontenida en mi mirada al sacudirlo en la cuna fue la misma que Augusto tenía en la foto en blanco y negro; estábamos hechos del mismo sentimiento, yo también soy Augusto, yo también soy Alonso. El pibe también es Facundo, el hermano muerto, también era yo, carne de mi carne.

Lloré al recordar al pibe, lo traté de evitar al máximo porque eran momentos de rencor, de vergüenza, ¿cómo es posible no amar a su hijo? Sin embargo, por primera vez lloré de alivio, finalmente entendí por qué era así, por qué sentíamos esa repulsa mutua, por qué nos tratábamos como enemigos.

—Tenés que darle amor, intentarlo sin fin —me pidió y explicó Fernanda tantas veces.

Lloré porque, por primera vez, creí que era posible amarlo. Sentí la soledad de Augusto por ser rechazado, sentí mi culpa por clavarle un cuchillo en su sueño. Ahora comprendía a Alonso, su relación con Fernanda. A Dios le expliqué, en un rincón de la catedral, que no sabía cómo hacerlo, cómo acercarme, cómo hacerle entender a Alonso que el perdón lo cambia todo y que estaré por siempre a su lado. Al mirar la cruz en el altar, sentí como una profunda paz lentamente me ceñía, era como un abrazo de padre. Con gusto y confianza, me entregué a esa sensación como un niño, me sentí acogido, comprendido; la silenciosa vibración de paz y de amor me reconfortó y me sostuvo.

Era todo lo que necesitaba sentir, era todo lo que quería transmitirle a Alonso: hacerle sentir en el corazón que nadie recurre al Padre si no fuera por el Hijo.

Cuna Política

*“El hombre que se vende
Recibe siempre más de lo que vale.”
(Barão de Itararé)*

En total, eran quince neumáticos (número impar) que, desde temprano, antes de las clases, estaban a disposición de todos, desde el primer grado hasta cuarto. Por las mañanas, no tenían mayor importancia, porque hablábamos sobre los programas de la tele y sobre los partidos de fútbol, que muchos seguramente no habían visto porque sus padres los mandaban a la cama a las nueve, como muy tarde. También solíamos estar todavía soñolientos y a veces discutíamos sobre las tareas de casa.

La disputa de las llantas es una guerra no oficial en el colegio ya desde antes de la época de Gustavo, mi hermano mayor, que tiene catorce años. Se distribuyen antes de la primera clase, sirven de rueda, de aro, de rayuela, lo más diverso. Debido a eso, al llegar el recreo, están desparramadas por el patio (nunca sabíamos la disposición, era el factor sorpresa) y, como estábamos obligados a guardarlas antes de reanudar clases por decreto de la directora, en algún momento empezó la disputa entre las distintas divisiones de cuarto grado para saber quién contaba con más llantas al final de cada recreo, cada grupo en su fortín.

Ya el año pasado, pese a estar en tercer grado, participaba como invitado desde que Pablo supo que yo era rápido en la corrida, bueno en el regate y, además, hermano de Gustavo, uno de los mejores que habían pasado por acá. Por otro lado, hubo un rumor, en especial en mi clase, que afirmaba que yo participaba únicamente por ser el hermano de Gustavo (supuestamente activo en los bastidores), porque nuestros hermanos eran amigos. Otro chisme conocido era que yo coimeaba con los alfajores de abuela, lo que no corresponde con la verdad. Creo que la razón principal para esa clase de comentarios era la envidia, porque muchos de mi clase me esperaban para saber cómo había sido la batalla del día, cómo defendimos o atacamos, si eran fuertes, si habían proferido palabrotas, si algún profesor tuvo que intervenir. Yo les contaba los detalles y, especialmente, cuando sentía la presencia de Eloísa, añadía mímica, aumentaba los hechos, a veces fingía alguna lastimadura valiente.

Mi año de invitado fue difícil, bastante parejo en las disputas, donde el más destacado era Alberto, el oponente de Pablo. Era nacido en enero, y, por consiguiente, era el mayor. También era fuerte y aseguraba que tomaba clases de judo, de la misma manera que decía poder quedarse más de un minuto bajo el agua, que ya había fumado una vez

un cigarrillo que le había robado a su tío y que La Doce de Boca «era puro sentimiento». No le creía todo, sin embargo, era evidente que causaba impacto en los demás, incluidas las chicas, cada vez que, desde su fortín frente a las hamacas, donde se reunía Eloísa con las demás, declaraba su victoria al final del recreo. Solía tirarles piropos a las chicas cuando bajaba seguro y sonriente, con un andar milonguero, hacia el predio de la escuela, mientras ignoraba, por suerte, a Eloísa, a Flor y a Petra, ya que históricamente los del tercer grado eran considerados muy infantiles por los de cuarto.

Para mí, fue un buen año. Gané experiencia, nociones tácticas, físicamente crecí y era respetado en mi clase. Muchos ya me veían como líder natural de las disputas del siguiente año, y la verdad es que me causaba mucha ilusión. Eloísa también se mostraba más accesible, descubrimos que nuestros perros eran de la misma raza y que conocían muchos trucos, que éramos igualmente raros para los demás porque nos gustaba la matemática, pero no concordábamos sobre cuál batido de leche era mejor, si el de frutilla o el de chocolate. En las clases, cuando la profesora escribía algo en el pizarrón, yo la buscaba con la mirada y pronunciaba sílaba a sílaba para que pudiese leer mis labios:

—Cho-co-la-te... —le decía en silencio, con las cejas levantadas, sonriéndole.

—No, no, Matías, fru-ti-lla... —contestaba coqueta.

Sí, definitivamente fue un buen año y en ningún momento dio algún indicio sobre lo que estaba por venir. Primeramente, se rumoreaba que no era tan grave, luego algunos aseguraron que se acercaban las semanas definitivas. Hacia afuera Alberto no demostraba preocupación. Desde su círculo más próximo, dijeron que lo estaban persiguiendo y, desde la secretaria, se filtró que había que considerar la situación familiar, con padres recién divorciados. El inicio de las vacaciones fue marcado por la incertidumbre, estábamos lejos de la escuela, algunos ya estaban de viaje, las noticias eran imprecisas, pero la terrible confirmación, la que tenía fuerza para derrumbar mis sueños, mis planes, no tardó en llegar: ¡Alberto había repetido de año!

Siempre existió la duda de si sería parte de 4° A o de 4° B, pero ninguna de las opciones me era ventajosa. Si fuésemos del mismo equipo, ofuscaría mi brillo; si fuera del 4° B, que contaban con Carlitos y con el Correcaminos, se harían demasiado fuertes, debacles casi seguros. Sabía que no había tiempo que perder y decidí consultar con Gustavo, ya que, en las situaciones de crisis, la opinión de los que ya estuvieron allí no debe ser menospreciada. Entre Navidad y Año Nuevo, nos reuníamos todas las noches para «discutir estrategias», como decía. La única condición que ponía era que yo debía

estar bañado y con el pijama puesto. Primeramente, me pidió datos, armó los posibles equipos, dibujamos el patio, quería saber si los pibes eran valientes, fuertes, si tenían puntos débiles, entre tantas otras cosas. Yo hacía un esfuerzo bastante grande, le mostraba mis regates, aprendía otros porque, según Gustavo, contra la fuerza solamente servía la velocidad. Mamá también fue muy importante en aquel entonces, porque cuando notaba que, pasadas las diez de la noche, las luces de mi cuarto aún seguían encendidas, nos traía algún sándwich o factura, acompañados con leche caliente, que siempre nos daba un empujón de ánimo para seguir por media hora más para luego dormir. Es otra cosa que aprendí con Gustavo, que los guerreros tienen que dormir bien, necesitan descansar para poder dar todo.

Las primeras semanas fueron para el olvido y Alberto reinaba todo. El recreo era un caos, todos corríamos en la misma dirección, dejábamos flancos desguarnecidos y, en algunos uno-contras-uno, la presencia de Alberto era desequilibrante. El peor momento fue cuando paró a Eloísa después de otra victoria para entregarle el gorro de Lucas, que había pillado en una disputa por llantas.

—Por favor, entregale el gorro a Lucas —le dijo con cierta picardía y falsa benevolencia en la mirada.

—Te hago el favor, pero no abuses —contestó con buena onda.

—Lo que está adentro es para vos, por linda —le dijo al pie del oído (fuente segura: Eloísa le contó a Flor, y la cadena pasó por Jimena, Federico, Juan hasta llegar a mí). Y mientras él ya le daba la espalda para irse a su aula, su mirada quedó suspendida en el aire por unos segundos en los cuales Eloísa no supo qué hacer y en los que, seguramente, su corazón se aceleró y la vergüenza y la sonrisa la dominaron, hasta que Flor y Jessica la tomaron del brazo, riéndose. Supe que en la gorra había dos bombones y un papelito, nada más.

Estábamos cerca de la desmoralización y, junto con Gustavo, sabíamos que solamente un gran acto podía atenuar los daños. Dijo que iba a buscar algunas informaciones y, después de un par de días, vino con un plan que discutí con los chicos por la mañana. Decidimos que el viernes sería el día de ataque. Resistimos lo máximo que pudimos y, cuando faltaban dos minutos, les tiramos la carnada. Eran intempestivos, estaban las chicas para impresionar y no dudaron en asaltar a Juanito y a Rubén, que estaban cuidando dos llantas en el corralito; todos buscaban ser héroes de una victoria histórica. Mientras tanto, los demás nos escapamos con las llantas sobrantes escondidas

del otro lado y atacamos la torre, totalmente desguarnecida y también coimeada (no daré nombres ni formas). Fue el momento exacto en que tocó la campana que indicaba el final del recreo. Lo tengo grabado como una foto, como el juego de estatua: allí me encontraba, conquistando la torre del fortín enemigo, mientras Alberto, en ese instante, delante de muchos testigos, buscaba salir de corralito, donde se encontraba atrapado.

«Seeeeis, sieeeeete, ooooocho...», contaban los pibes delante de ese hecho histórico, y yo la buscaba a Eloísa que, sorprendida, nos miraba, yo nunca fui tan feliz. «Oooonce, doooce y ¡treeeece!», gritamos y no lo pudimos creer, trece a dos. «*Una de las más espectaculares goleadas de la historia*», así me lo aseguró Gustavo cuando le conté del éxito por la tarde.

La semana siguiente, nos hicimos los desinteresados y más bien nos dedicábamos a jugar al fútbol o al quemado con las niñas, sin tirar muy fuerte, por supuesto. De vez en cuando, por sugerencia de Gustavo, nos reuníamos los chicos y hacíamos un recorrido por el patio con cara de entendidos, hacíamos dibujos en la tierra con posibles tácticas. La idea, según Gustavo, era insinuar que teníamos otros sorprendentes planes y, por supuesto, estirar los momentos de gloria. Lo único sobre lo que me alertó Gustavo fue que fuéramos discretos, nunca es bueno tripudiar ante un rival, porque nunca se sabe qué pasará el día de mañana.

—Matías, mañana decile que querés hablarle a solas, después de clases —me dijo Gustavo por la tarde.

Luego me contó que supo por intermedio de unos amigos que Alberto a veces iba a dormir da lo de Pelusa. Ocurría en noches en las que sus padres discutían; de alguna manera la madre de Pelusa se encargaba siempre de Alberto hasta que pudiese volver a casa. Pelusa le contó que Alberto se meaba en la cama. Sabía que era desmoralizante, pero en el momento me dio pena.

Gustavo prosiguió que era necesario un acuerdo, porque la verdad era que la 4° A era más fuerte y que iba a ser cada vez más difícil sorprenderlos. Tenía razón y, desde luego, desde que sentí lo que era ganar, quería vivirlo siempre. Me explicó cómo sería posible, mientras yo dudaba si realmente se le había ocurrido en esos días o si Gustavo, uno de los más grandes en el juego de las llantas, había utilizado subterfugios semejantes.

—¿Tenés alguna debilidad? —me inquirió Gustavo, y yo decidí callarme sobre Eloísa.

Nos encontramos en un quisco a unas cuatro cuadras de la escuela, cuando todos los demás ya se habían ido. Por sugerencia de Gustavo, lo invité a una gaseosa y hablamos un poco sobre amenidades, clases y fútbol, hasta que el tema predominante pasó a ser el juego de las llantas. Me hablaba de fuerza; yo, de velocidad. Hacía referencias al coraje y yo, a la estrategia.

—Yo sé lo que te pasa en la cama, en lo de Pelusa —le dije, y recordé que Gustavo me dijo que sostuviera la mirada. No tardó mucho, porque luego la apartó. Tuve vergüenza.

—Nosotros ganaremos tres a la semana, las otras dos son de ustedes. Mi silencio estará garantizado, te doy mi palabra de honor —le propuse, por fin.

—Firmo al revés, tres victorias nuestras y te dejo Eloísa, si me ayudás con las matemáticas —me contestó astutamente, y el que no pudo sustentar la mirada fui yo.

Cada semana nos volvíamos a reunir, y la verdad es que cada vez más perfeccionábamos el esquema. Todo era planeado y combinado a tal punto que Alberto incluso nos ganaba con «sorprendentes» estrategias de la misma manera yo conseguía «deshacerme» de los enemigos para salvar los míos, que estaban presos entre tantas otras escenas. Nos divertíamos bastante en casa y mamá nos traía refrescos y panchos. Una tarde yo le pregunté a Mamá si Alberto podría dormir en casa cuando sus padres se pelearan por las noches, ya no quería molestar más a la madre del Pelusa.

—Por supuesto que sí, querido —nos dijo y nos besó a ambos en la mejilla.

Fue uno de los años más parejos hasta ahora en la disputa de las llantas. Ambos logramos victorias épicas, nunca quedamos mal parados. En la escuela, hacíamos juego de escena y monopolizamos las atenciones, entramos en la historia. Todo arreglado, estudiado.

«Sigue los pasos del hermano mayor, la importancia de los buenos ejemplos», me dijo el profesor de deportes, mientras que de Alberto las profesoras destacaban la importancia que le daba a los códigos, siempre condescendiente y generoso con los demás.

—Los dos son líderes, de naturalezas distintas, pero que complementan —concluyó la maestra responsable de los cuartos años al finalizar su informe en la reunión de fin de año.

—Creo que estamos de acuerdo en que el ganador es este maravilloso país con la pujante generación de Albertos y Matías que vemos venir, antagonistas declarados,

determinados defensores de sus valores, sin embargo capaces de dialogar por el brillante destino de nuestra patria. —Selló la directora, casi llena de emoción.

Gusanos

*“El alma es un ojo sin párpados.
(Victor Hugo)*

Sacarse el maquillaje es un rito diario de la verdad, que cada vez parece tener un significado más profundo, un sentimiento de descubrimiento, de asombro, contra el cual no veo ninguna defensa posible. Ya aparecen ojeras, arrugas, papada, algunas arterias y manchas que afloran en mi fina tez, ya estirada hasta el máximo y que no coincide con mi cuerpo de señora, con los dolores en las articulaciones, el metabolismo más lento, las carnes y piel que sucumben a la flacidez. No sé si lo que me apena es la soledad, porque creo que ese es el destino común de la vejez, la casa y el cuarto frío y vacío, el peso del silencio, la mirada cada vez más ausente al espejo al cual vuelvo por simple inercia, sin saber para qué.

Sigo linda, sin falsa modestia, pero lo soy para mi edad y en realidad ya no fascino a nadie. Me siento perdida, desubicada, sin argumentos. No soporto ni mucho menos tengo paciencia para las charlas sobre hijos o nietos, de vivir la vida de otros, de aceptar que mi futuro no tendrá ningún protagonismo, que cada relación personal pase a tener un creciente tono de caridad, de insignificancia o de conformación respeto al ocaso. Deberíamos morir jóvenes, cada mañana lo entiendo mejor porque refugiarme en el pasado o desesperarme por el futuro son dos caminos que llevan a la misma desolación. Mirar hacia atrás duele tanto como mirarme al espejo porque parece que todo lo que hice hasta recién, todo lo que me ilusionaba y me movía por años al hilo tiene como resultado ese vacío putrefacto, cuyo ápice son esas imágenes que me tienen aterrorizada, mejor ni hablar.

No puedo decir que he sido una adolescente atractiva, más bien formaba parte del grupo de chicas que tenían que contentarse con los papeles secundarios, tenía muchos conflictos y complejos oriundos de la apariencia desarreglada compuesta de aparatos dentales, acnés resultantes de las hormonas desequilibradas, una manera torpe de moverme y menos recursos financieros que la gran mayoría de las demás. Eses eran los temas y valores que nos medían, a nadie le interesaba si eras buena alumna o si te importaba la literatura y, por consiguiente, hasta el final de la secundaria, mis amores eran platónicos y mis frustraciones reales.

Pero la vida ofrece oportunidades y revanchas y decidí no desaprovecharlas. El cambio fue significativo, las hormonas se calmaron y moldaron una atractiva mujer, de

sonrisa perfecta, proporciones armonizadas y generosas y la plata de mis primeros trabajos la invertía en ropas, peluquería, gimnasio y ambientes. Era impresionante lo que lograba exprimir con el ajustado sueldo, no existe nada capaz de detener una mujer decidida.

Los resultados eran evidentes y los podía medir por la cantidad de piropos que me tiraban, ¡cómo cambiaba el mundo! Rápidamente me vi en una posición en la cual podía elegir, notaba como los hombres se portaban de manera torpe en los intentos de impresionarme, como eran vulnerables, manipulables y como era posible sacar selectivas ventajas de esas situaciones. Por fin estaba en el lugar de protagonismo que me correspondía y la prueba definitiva la tuve en un encuentro de ex-alumnos donde las miradas de espanto de mis ex-colegas, hombres y mujeres, sabían a gloria, condimentadas con mi fingida indiferencia.

En aquel entonces comencé mi relación con mi primer marido Mario, mi principal amor platónico de aquella conflictiva adolescencia. Me esmeré en el juego de conquista en que lo dejé arrastrado a mis pies, consumiéndose de expectativas, dándole y quitándole rienda. No sabría decir qué me daba mayor satisfacción: si era tenerlo así enloquecido o si era el placentero sabor de quitárselo a Adriana ya con un pie y medio en el altar, secreta rival de aquellas épocas. La venganza es un plato que se come frío.

Nos casamos rápidamente sin importarnos con el chamuyo de los demás y los primeros dos años los vivimos a puro deseo, el pegamento de nuestro matrimonio. Me recibí de administradora y el regalo de Mario lo sigo guardando en mi pecho y suman 250ml en cada lado. Mientras él laburaba en los negocios de familia (tenían una red de peluquerías) yo me dedicaba a la casa y a mi apariencia, lo que no era poco. Mantener mi imagen es algo que exige dedicación y sacrificio, desde aquellos años sigo la disciplina alimentaria, las rutinas de gimnasio y me mantengo al tanto respecto tendencias de moda y productos para la piel, prevención de celulitis y otros tratamientos pioneros.

Mario, tal como luego mi segundo marido, me exhibía cómo un trofeo, pero lamentablemente no acompañaba mi desempeño. Es cierto que yo le orientaba sobre la manera correcta de vestirse, el corte de pelo apropiado, pero a menudo no seguía la dieta que correspondía, mucho menos se motivaba a hacer ejercicios y luego las indeseables grasas se acumulaban en su cintura, el comienzo de la calvicie se hacía notar y su anterior imagen de virilidad se desvanecía junto con su acomodación.

Cuando salíamos era frecuente escuchar (y muchos hombres me lo decían al pie del oído) «¿qué hace una mujer tan deslumbrante con un hombre así?» Si por un lado demostraba que mi presencia seguía causando fuerte impacto, la figura de Mario me causaba cierto bochorno de la misma manera que algunas situaciones lo fastidiaban. Nuestra combustible sexual se consumía, las relaciones eran cada vez más tibias, Mario comentaba que teníamos poco diálogo, que le interesaban otros mundos y, para hacerla corta, al cabo de cinco años (inclusos dos de pura apariencia) nos separamos. De aquella época, aparte del nuevo par de senos, me llevé una filial de peluquería en nuestro barrio que Mario sigue administrando hasta hoy, a principio como forma de pagarme la pensión y luego, con el pasar de los años y de nuestros respectivos nuevos caminos amorosos, como relación comercial. Su familia daba nombre a la red de peluquería y a mí me tocaba el rol de relaciones públicas que, según el propio Mario, desempeñaba muy bien. De hecho, tenía clientela fiel y me encantaba hablar con las mujeres sobre ese vasto mundo que nos transforma, aparte de ser el ejemplo vivo de como cuidarse la apariencia.

Pese al divorcio, no me sentía triste o desubicada y de las imágenes que ahora me tienen consumidas de horror no había el menor indicio. Salí sin cualquier clase de traumas de mi primer casamiento, ninguna secuela o bajón, mucho menos un rasguño en mi autoestima. Rápidamente volví a insertarme en un ambiente social donde las posibilidades eran varias y las puertas se me abrían de las manos de hombres títeres que volvían a circundarme cómo insectos a la luz. Era hasta cierto punto una sensación ambigua: si por un lado era fascinante ver hasta qué punto es posible llevar un hombre enceguecido por el deseo, por otro lado, el constante acoso muchas veces cansaba. Octavio, mi segundo marido, lo comprendía perfectamente. No era de una belleza clásica, pero poseía una hermosura singular, bien masculina y creo que a él le pasaba lo mismo. Era como si nuestra unión fuera inevitable, la sensación de por fin haber encontrado alguien con los mismos dilemas, ideales y principios. A él las mujeres también lo devoraban con las miradas y cuándo regresábamos a casa, disfrutábamos del placer que provocábamos, de las evidencias, como dioses haciendo el amor, rodeados de espejos que reflectaban los más diversos ángulos de nuestros cuerpos esculturales, el deleite en vernos, premios mutuos para nuestra vanidad, consumiendo la energía sexual que provocábamos y que nos era proyectada. Cuántos no habían deseado lo que Octavio devoraba, cuántas no me habían envidiado por lo que en aquel entonces me pertenecía.

Nuestra vida me parecía muy bien asentada, encontrábamos el equilibrio entre el cuerpo, la alimentación, vida social activa, sexo plenamente satisfactorio. No me recuerdo de ninguna pelea más grave, no insistí nunca en tener hijos (él ya tenía a uno de su primer matrimonio), veía como a Octavio la edad le hacía bien, recién llegado a los cincuenta con un cuerpazo y lleno de energía, parece que los hombres envejecen más lentamente que nosotras. Luego también me enteré que esa clase de hombres necesita de nuevos desafíos, nuevos estímulos, sentirse jóvenes, al menos fue lo que me explicó al blanquearme que hace más de un año se encontraba con una flaca que tenía la edad de los hijos que nunca tuvimos.

Parecía que los años que Octavio rejuvenecía al lado de su nueva novia (intenté, pero no pude dar pelea, no había cómo no notar más de veinte años de diferencia) me eran acrecentados, me sentí vieja, intercambiable, vacía, un empolvorado trofeo de glorias del pasado. No era fácil ser linda, perfecta, mucho menos barato, grande también es la competencia y minuciosas las miradas al espejo, las selfies, los escotes, las insinuaciones provocativas para luego por la noche frente al espejo, sacarme el maquillaje para hacer emerger la cruel verdad y recordarme de un brillo que no volverá. Lo divino tenía caducidad, me asustaba la eternidad, no estaba preparada para envejecer.

Tantos años de dedicación casi obsesiva por mi imagen ahora se deterioraban por la indiferencia, evidenciados en los borrosos rastros en el algodón demaquillante o simplemente sentada al margen en algún evento buscando juventud con un *gin tonic* en la mano, cada sorbo un amargor, soportando música alta al compás de implosiones internas, haciendo el aguante porque me costaba mucho seguir la onda, acompañar el ritmo, hacer nuevas amistades sin parecer desesperada por cariño, por admiración, disfrazando soledades. Y mi obra prima de años, un cuerpazo (incluso con algunos retoques porque la creación no fue muy generosa con mis senos, ni muy refinada con mi nariz y mentón) ya no existe, el apogeo pasó, no dejó ningún fruto ni se perpetuó.

Mis carnes cada vez más flácidas sumarán años cada vez peores y pienso que huelo a vieja. Creo ser eso lo que los atrae, a los gusanos que rodean mi mente, las imágenes horrorosas que intento ignorar. Hace meses constantemente veo mi muerte, veo como me tapan el ataúd, como me cubre la tierra en el silencio absoluto de sofocante oscuridad. Primeramente, lo siento internamente, como mis propias bacterias y enzimas empiezan a devorarme, un ruido interior que me agobia, que sube hasta los oídos para amplificar la vorágine caníbal. Intento salir pero no me puedo mover, me siento pegada a

mi cuerpo, mi inútil templo de adoración. De repente, los escucho, son cientos de gusanos, se sienten atraídos por mi cuerpo, por sus gases de putrefacción, no tardarán. Me desespero, no sé cómo liberarme, en qué creer, si es real, un aviso o el ineludible futuro y cuándo empiezan a picarme, desesperadamente y en vano me aferro a mis restos pútridos, mi obra de vida resumida a un manjar de gusanos.

Lágrimas ácidas recorren caminos formados por las arrugas, noche tras noche, sola en esa casa, frente al espejo opaco, sacándome el maquillaje de mis ojos ahora más profundos, de huesos salientes. A veces pienso que estoy muerta, otras me creo viva sin tener algo eterno en que creer.

Solo sé que existo y que seguiré existiendo aunque de mi cuerpo no quede nada más que polvo. Sé que al final se acercarán a mis ojos, los porfiados gusanos, para devorarme la última ventana de la ilusión. Quizás así me sacarán de la ceguera o quizás la vejez por fin me enseñe a liberar el alma tantos años encarcelada, rehén de la vanidad.

Cárcel Privada

*“El amor verdadero empieza
cuando no se espera nada a cambio.”
(Antoine de Saint-Exupéry)*

Rápidamente, poco segundos después de morir, confirmé, aunque entre la confusión y la superficialidad, que la muerte no existía. Fue un instante bastante raro, ya que, como médico, sabía exactamente lo que me estaba sucediendo mientras sufría el infarto fulminante: el dolor en mi pecho y en el lado izquierdo de mi cuerpo inmovilizado e indefenso, paralizado como mis conejillos de indias, la misma incertidumbre en la mirada, el mareo, el miedo, el dolor agudo antes de desfallecer, las hormigas en el cuerpo, que consumían mis últimas energías vitales, para que luego otros vermes se alimentasen de mi carne. También seguía escuchando imprecisas y exacerbadas voces, riñas, odios, juras de venganza en esa nueva dimensión, donde el tiempo es inexistente, hasta que viejos conocidos me sacaron de aquella cama donde reposaba mi indiferente y tieso cuerpo.

Desperté después de un pesado y largo sueño («¿qué es el tiempo, por acá?») y reconocí el lugar que tantas veces se hacía presente en mis sueños. Era algo como un puesto habitado por rostros que no me eran del todo desconocidos, instalaciones y aparatos, laboratorios y nuevos cobayos, un ciclo sin fin que mantenía vinculados a los vivos y los muertos. Aunque en vida sabía que pasábamos por tiempos difíciles con las tropas, esas *hordas* aliadas cada vez más cercanas a las ciudades en ruinas, pobladas de fantasmas y de miserables, me sorprendió un poco que por acá las condiciones tampoco fueran mejores. Ciénagas espesas, frías y malolientes, que le otorgaban al aire el peso de una contradicción indescifrable. Confieso que lo registraba con cierta desilusión, no entendía cómo ese lugar podía ser mi recompensa luego de tanta dedicación para el perfeccionamiento de la obra de Dios. Sospechaba que quizás fuera uno más de sus acertijos, de sus pruebas de fe, de sus laberintos desafiantes.

Mis nuevos viejos compañeros, símbolos de la supremacía racial, me alentaban a seguir trabajando hasta la victoria final pese a que sus apariencias más bien se asemejaban a los inferiores que tanto despreciábamos: los imperfectos mamarrachos de Dios, con sus heridas por las que brotaba la sangre negra y con las infecciones tapadas por trapos inmundos. Parecían subhumanos sin espejos en palacios de lodo y con sus luces frías. Al principio, volvía a dedicarme a ellos como buen aficionado de la ciencia y la medicina que siempre he sido, que se motivaba por los secretos de Dios, que era desafiado por Él

para seguir las huellas de su creación. Para intuir sus planes, sus esquemas al disecar huesos, órganos y sistemas, con la obsesión por el gran misterio científico que resultaba ser el intrincado cerebro, la caja negra de Dios. Estaba convencido de que ahí estaría la clave, de que ahí sería posible descifrar a Dios, a sus jeroglíficos que me provocaban, que me hacían sentir como potencial elegido desde que se profetizó la sentencia: «*Ustedes son dioses*».

El trabajo por allá era un poco distinto al que estaba acostumbrado mientras me encontraba vivo, porque por motivos obvios no era posible trabajar con el cuerpo físico. Así que, el foco de los estudios se trasladaba a los cuerpos astrales, el alma o el espíritu, y su correlación con el cuerpo físico. Para nosotros, hijos de la ciencia, Dios actuaba a través de la reencarnación, y la raza humana se perfeccionaba de acuerdo con principios evolutivos, la selección natural hace sobrevivir los mejores genes. Y en eso nos concentrábamos, en especial, para que, a través de la manipulación de los cuerpos astrales, pudiésemos crear mejores cuerpos para mejores vidas, renacidos como los elegidos en una raza perfecta y única, heredando la Tierra.

Por allá también teníamos nuestros conejillos de indias, seres «vivos» que capturábamos mientras dormían y a los que insertábamos modificaciones (radiaciones, células madre, clones, chips, etcétera) en los cuerpos astrales y analizábamos cómo repercutían en sus cuerpos físicos. Tardaba más tiempo (vuelvo a preguntarme, ¿qué es el tiempo por acá?) que antes. En carne podía medir rápidamente hasta cuánto tiempo y en cuales situaciones era posible resucitar a un hombre, soportar el frío, la presión, los venenos, el dolor y, en especial, realizar las lobotomías cerebrales y tratar de entablar sus fascinantes correlaciones con sus secuelas.

Sin embargo, a menudo, solía sentir cierto cansancio, momentos en los cuales me recluía en mi despacho y trataba de descansar, luego de ingerir la asquerosa alimentación, sacrificios de la gloria venidera. Aislado, en algún lugar entre la muerte y el recuerdo, era asaltado por angustias inexplicables, recordaba las miradas de los humanos conejillos de indias que manipulaba mientras vivía los tiempos de guerra, cuyos dolores me parecían simulacros y sus gritos, mudos; pero que ahora me asaltaban el pensamiento como vivos recuerdos amplificadas por sus miradas de terror, incrementados por el odio, la rabia sangrienta, tortuoso sadismo. Para mi sorpresa, aparecían en mi memoria lentamente cada uno de los rostros de mis cobayos de hace años y, desde que los reconocí, parecía que se

establecía una conexión inexorable («*jasesino, cobarde, te buscaremos en el infierno!*»), como una gotera intermitente, agobiantemente, descompasada, que no me cabía tapar.

Traté de no darle demasiada importancia una vez que supe que también por allá las hordas aliadas intentaban a todo costa aniquilarnos o, peor aún, convertirnos. Pero, con el paso del tiempo (que no existía, hecho que empezaba a amargarme), ya no me era posible ignorar las voces («tu dolor y agonía serán nuestro bálsamo») ni las imágenes que se repetían con mayor frecuencia. No sabía si venían desde afuera o si eran proyecciones interiores, pero, poco a poco, los recuerdos, de tanto golpearme como olas de un mar negro, con el desespero de lo incesante, lejos de cualquier alborada, poblaban de miedo a mi conciencia.

Los comandantes trataban de insertarme nuevamente en la rutina que se desarrollaba en mis nuevos sótanos, pero no forzaban demasiado ese proceso debido a mis recurrentes ausencias mentales, que imposibilitaban largos tiempos de concentración ininterrumpida. Todavía me encontraba lejos del equilibrio desencarnado, necesitado de sueño, de silencio, recluso en mi espartana habitación. Solitario, sentía que existían huecos en mi manera de pensar y de entender y, tal como me pasaba mientras vivía, me generaba pánico la simple posibilidad de perder la razón, de no ser dueño de mis pensamientos, de no poder expresarlos o ejecutarlos, de estar a merced de enemigos malintencionados, bárbaros retrasados, porfiados enemigos del paraíso terrenal, de la selección natural que regenerará y limpiará el planeta hasta quedar a la imagen y semejanza de Dios.

Si antes solíamos tener a manos nuestras cápsulas de cicuta, las que nos permitirían el rescate merecido al envés de la humillante caída, descubrí desconfiado que la muerte no me había salvado de esa sensación de invisible e inminente amenaza formada por mis víctimas, necesidades del progreso, turbas enfurecidas. Me asaltaban inesperadamente con sus gritos de cráneos abiertos, sus inmóviles y suplicantes miradas de terror, apagadas por el dolor, por estar demasiado agotadas para encontrar un sentido en la vida. Solo en mi habitación y sin la válvula de escape del trabajo continuo, no encontraba paz y, si bien anteriormente sabía que después de la muerte no me despertaría en un cielo de nubes blancas, puras rubias lechosas y música wagneriana, tampoco me lo había imaginado así de mugriento, oscuro, inhóspito. Pero por allá no era posible volver a matar un muerto como yo, las cápsulas eran hechas de jirones inconexos de conciencia que se infiltraban, ahora lo sé, por las puertas que yo abría disimuladamente.

Empecé a dudar. A lo lejos, creí haber escuchado la voz de mi madre que rezaba.

Cada vez más, me costaba concentrarme en las investigaciones científicas del laboratorio y, so pretexto de mayor productividad, pasé a trabajar aislado en mi habitación, encarcelado en mis propios pensamientos. Seguidamente, escuchaba los gritos, los deseos de venganza de las hordas, lejanas y porfiadas olas que me alcanzaban un par de veces durante una jornada (no encuentro otra palabra, allá no existen días, no existe el sol). Luego las voces formaban rostros que eran recuerdos, que se alastraban como células cancerígenas en mi mente, pegada como una mosca en la telaraña, fomentada por el pánico y que disparaba temblores internos a punto de despertar a la araña, cuya vorágine caníbal no tendría prisa en devorarme el cerebro que tanto manipulaba, segura del irrevocable desenlace final.

La agonía pasó a ser tan grande que añoraba los tiempos de la carne, cuando, al menos, me sentía menos acosado, tenía mayor claridad de los objetivos, menos dudas y pensaba entender mejor los mecanismos de la creación, perpetuar el renacimiento en nuestra casta, en nuestro orden, en nuestra genética. Deseé intensamente, de todo corazón, volver a ser carne y, con el recuerdo de mi madre en oración, me puse de rodillas repetidas noches (son eternas noches por acá) a suplicarle a Dios que pudiera renacer y heredar mis obras después de tanto esfuerzo y compromiso.

De tanto golpear, una noche la puerta se abrió. Me sentí tragado por una fuerza irresistible, un vértigo brutal. Era como bajar en una moto sin freno por una ruta dramáticamente inclinada, repleta de curvas y de precipicios fatales («¿moriré de nuevo?»), cuyo final, de creciente aceleración, era un terrible agujero negro, de magnetismo tan intenso como la vida: la compulsoria reencarnación y la conciencia descortinada. A veces pienso que lo mejor hubiera sido abortar el plan cuando la velocidad provocada por el declive todavía era menor, pero mientras sospechaba lo que más temía, aparecieron todos los gritos de mis cobayos de cerebros vivissectados, todos sus miedos, con sus sentimientos de desamparo, con todas las imágenes de impotencia me golpeaban la mente con una frecuencia atroz, que formaban un remolino desenfrenado, que me succionaba hacia una capitulación que presentía ser tan inevitable como humillante. Por momentos, me negaba a aceptar el destino, el derrumbe; en vano y desesperado, creía que mis capacidades intelectuales de alguna manera encontrarían una alternativa que no fuese la degradación, que mi revuelta frenase ese proceso, pero la

verdad es que cada negación me atraía más rumbo al abismo, a la telaraña de Dios y a la terrible condena de mi conciencia.

Por fin, revolcado y esposado a mi destino inevitable, reuní las postreras energías para la última blasfemia, antes de perder la conciencia frente a un nuevo despertar:

—Dios, despiadado, ¿es así que pagás por mi dedicación, mi contribución a tu obra? Estafadores, falsos profetas, que se revienten con el cruel verso de que somos todos dioses, ¡que se caigan sus máscaras de barro! —exploté iracundo y con mi propio vacío como respuesta.

En ese instante, colgado del último hilo de mi conciencia, me veía cubierto por esa frágil coartada de potencial creador que trataba de disimular mi farsa. Noté como la máscara que verdaderamente se rompía era mi imagen de médico del progreso durante la guerra, despedazándose con cada dolor, con cada profanación de los cuerpos y con las existencias sagradas de mis víctimas. Vi detrás de mi impávida y gélida mirada que yo en el fondo siempre supe que Dios no actuaba de esa manera, que el verdadero lenguaje de Dios no abarca razas ni prejuicios.

Siempre lo supe y lo sabré eternamente, no hay excusas porque, como todos los demás, yo también era Dios.

Por detrás de mi rota máscara, surgía mi nuevo rostro, el de la resurrección. El agujero negro estaba a punto de devorarme completamente, de estallarme en miles de fragmentos que trataría en vano recoger durante mi vida, mi condena. Desesperado, lloraba y gritaba copiosamente y, en los pasillos del precario hospital municipal, estaba el silencio del mal augurio. Para los médicos, no hacía falta ninguna confirmación, lo mío era visible. Me cortaron el cordón umbilical mientras yo seguía enfurecido, embravecido. Mi madre se llamaba María, como tantas otras hijas de la desilusión y de la pobreza en ese continente, cuya única esperanza es la porfiada fe y que, pese a que era analfabeta y poco instruida, desde el principio supo y entendió cuáles serían las secuelas. Yo era una miniatura de mi madre: gordo, sin dientes, anémico, mulato, de pelo malo, como dicen por acá, pero con la diferencia de que mi frente estaba fuertemente inclinada hacia atrás y la circunferencia de mi cráneo no alcanzaba ni siquiera dieciséis centímetros: microcefalia severa.

Yo seguía sollozando, chillaba inconforme y me movía frenéticamente como última impotente señal de revuelta. Los médicos me sostuvieron bajo los brazos con mirada piadosa, que me acompaña desde entonces cuando alguien me ve, y rápidamente

me entregaron a mi madre. Ella sonrió con los pocos dientes que le quedaban, me apretó suavemente contra su caído y sudado pecho izquierdo, el del corazón. Jamás me olvidaré de sus palabras, su reacción, su calor que me calmó profundamente.

—Bienvenido, mi vida —me dijo con amor, el universal lenguaje de Dios—, ¡sos el niño más lindo del mundo!

Desde octubre del 2015, Brasil vive un surto de microcefalia provocado por el virus Zika, transmitido principalmente por el mosquito Aedes Aegypti. Hasta marzo del 2016, fueron diagnosticados 745 casos de microcefalias en bebés en todo el país y 4.231 notificaciones bajo investigación. De los casos confirmados, la aplastadora mayoría se encuentra en el nordeste brasileño, segunda región más poblada del país y que presenta el menor Índice de Desarrollo Humano (IDH) de Brasil.

El síntoma principal de la microcefalia es el tamaño de cabeza significativamente menor que la de otros niños de la misma edad y sexo. En caso severos, la frente también es inclinada hacia atrás.

Niños con microcefalia pueden presentar retraso mental y del desarrollo (como en el habla y el movimiento), dificultades con la coordinación y el equilibrio, hiperactividad, convulsiones, distorsiones faciales, alteraciones físicas, enanismo y, en muchos casos, necesitan constante ayuda para actividades básicas como comer, andar, ducharse, etcétera.

Tres segundos

*“En el mundo gobierna un zar impiedoso:
Hambre es su nombre.”*
(N. Nekrasov)

I

Llegué a casa con sentimientos diversos, todos previsibles, lo que era un indicio de que yo quería estar exactamente así, acá, que esa era mi mejor alternativa. Traía los materiales de la ferretería (no me fío en compras por Internet desde el fiasco de las luminarias solares) para instalar la nueva tele en mi cocina. Le avisé a Julia que hoy por la noche preferiría estar en casa, que no tenía ganas de ver a nadie, que no quería colmar el silencio que llegaba, justamente, con las sensaciones que tratábamos de evitar, que no queríamos vivir. Sentíamos la grieta, la desilusión que pesaba segundos.

Quería tanto decirle que no lo viera de esa forma (*sé cómo se siente*), que mis ganas por esa soledad no eran más grandes que las de estar a su lado en una noche de conocidos. Es que hoy, no sabía por qué, la necesidad esa me estaba consumiendo, yo ya venía perdiendo terreno mental. *Esa* es la grieta, necesitaba adentrarme a ese mundo mío, arreglado, ordenado, donde nadie me observaba, testigo a la deriva de mis pensamientos y adicciones.

Sé que se molestó y no me sentí bien, ya que, honestamente, le daba la razón. Pero quizás percibiría sola que la explicación está en otro lado, está en la cocina, donde escapo por razones que, para muchos, pueden parecer raras o inusitadas. Lo que desconoce es que tengo una tendencia al trastorno compulsivo obsesivo, me gustan las cosas arregladas y en su sitio. Es un impulso que logro reprimir a través de mi vida social desde que, con ayuda psicológica, he podido restringirlo a un único evento y lugar: la cocina. No se trata de liberarse de sentimientos reprimidos inventando recetas creativas, sino que allí me permito manifestar esa tendencia sin testimonios y botar mis necesidades obsesivas en una especie de experimento controlado. Nada de un universo de olores, condimentos, hierbas, guisos u ollas calientes, sino un mundo de simetrías, alineaciones, proporciones, criterios y clasificaciones.

La excusa (sí, porque he decidido que tiene que existir un motivo) era que la instalación de la tele requería que los cables corriesen por el fondo de la despensa, así que tuve que sacar todas las cosas de allí, hacer los agujeros, pasar los cables, limpiarla con alcohol y vinagre, secarla y volver a poner las cosas en su lugar. Es difícil explicarle a Julia, pero yo ya pensaba en la despensa desde la tarde y mi nivel de ansiedad aumentaba constantemente al imaginarme las prioridades, las canastas, los colores, la alineación, el

orden como resultado final de otra noche solitaria y dudosa. Tendría a Nina Simone, algunos fasos y ron cubano como testigos, y mientras Nina le diera libertad a las notas, más allá de pautas y claves, yo parecía su lado oscuro, un ser repentinamente obcecado que enfila latas de alimentos con falsa parsimonia, ordenadas por sabor y fecha de validez. Nina prometía mundos, amores y dolores, mientras yo clasificaba, identificaba y guardaba alimentos en cestitos iguales: masas, dulces, condimentos... Estábamos unidos por la contradicción, su asimetría armoniosa, y los improvisos contrastaban con el armario que se formaba impecablemente, perfecto y monótono como un reloj.

Siempre aprovecho la ocasión para hacer un inventario de la despensa, adentrarme al perfecto orden de los números para apuntar si hay algún alimento cerca de vencer, saber cuánto valor financiero contiene, verificar si hay equilibrio entre fibras y carbohidratos, controlar las respectivas calorías y, por fin, calcular cuántos días tengo de cobertura alimentaria por si pasase algún imprevisto, más allá de los constantes cortes de luz del verano.

A mí el orden me da satisfacción, allí todo funciona como yo quiero, todo es cierto y posible, una intimidación a las incertidumbres de mi vida. Y cuanto más arreglaba las cosas, más espacio se generaba. Ese mismo vacío del cual Nina se aprovechaba desdeñosamente para arribar a lo improbable, a mí solamente me servía para apilar humo sin sentido. Y en algún lugar ahora estaría Julia, estaría su pequeño dolor y mis inútiles espacios de mi parado tiempo (*«¿qué hago yo con el tiempo?»*), mientras instalaba otra tele para otro cómodo vacío.

Y así me encontraba yo cuando los primeros rostros aparecieron en la pantalla curva de la cocina, con el ron que manifestaba su disfrazada niebla y los impulsos de organización, consumidos y tranquilizados. Hasta aquel momento, todo estaba bien. Digo «bien», porque todo estaba normal, comía las empanadas, como de costumbre, cada vez más concentrado en la tele con sus imágenes aceleradas al olvido, que trataban de estancar la inutilidad de mi tiempo.

Mi futuro inminente, de poca ambición personal, estaba proyectado en la grada de entretenimiento que anunciaban: se repartiría entre un programa de estética que prometía la cura de las celulitis (*«¿si supiesen que nunca nos importó!»*), otro de culinaria con el paso a paso del salmón de nuestras vidas (*«¿preguntale al salmón, flaco!»*) y, finalizando la trilogía del viernes, un episodio sobre reforma de casas, “por fin la pileta infinita al alcance de las manos” (*«pura contradicción: alcanzable infinito»*). De repente, mientras

me llevaba otra empanada a la boca, fui golpeado en pleno estómago, sin previo aviso, casi traicioneramente, por un negro rostro huesudo cuyos ojos saltones en alta definición me miraban desde la pantalla. Comía, agradecido, una papilla igualmente indescifrable como intragable en frente a una choza tan escuálida como los demás esqueletos negros que se veían y que casi no lograban mantenerse de pie.

Por un tiempo dilacerante, se sucedieron imágenes de hambrientos o heridos seres humanos, niños, viejos, hombres y mujeres. Gravitaban por entre los desolados acordes de un *blues* acústico formado por el llanto de pequeños de miradas vacías, que producían gordas y lentas lágrimas pegadas a sus mejillas, y que ahora quedarían clavadas en mi retina. Mientras, médicos, civiles, voluntarios y gente tocada de piedad les hacían el aguante a los miserables, que ya no sabían si interactuaban con médicos o ángeles barqueros.

En la siguiente toma, apareció una pantalla formada por rostros esculpidos por la escasez. Sucesivamente, a cada tres segundos, uno se apagaba y dejaba, por fin, un fondo tan negro como el duelo. Así, uno se enteraba del ritmo de la muerte por hambre y de sus consecuencias en el mundo: tres segundos...

No me lo esperaba y de pronto me encontraba sensiblemente impactado, ya me había enderezado en el taburete, me pesaba el corazón, la consciencia, la congoja. Tic, tac, tic, otro muerto se sumaba, hambriento, alguien que temió a la vida más que a la muerte. Tic, tac, tic, imaginé que el tiempo para llenar el vaso de ron o para el haragán dudar entre una empanada de carne o de humita era el mismo para que otro más se tumbara, carcasa de piel, hueso y nada más, ni aire ni alma, un rostro sin edad, por tres segundos más. Creí que para mí, definitivamente, ya nada estaba bien. Tic, tac, tic...

—¿A cuántos mataste vos? —Parecían preguntarme las latas del armario que me miraban indiferentes.

No sé cuánto tiempo tardó ese otro silencio que escrutaba la razón, que buscaba un método que me hiciese parar ese segundero interior, una línea de raciocinio que intentaba trazarse en mi mente, igual de obsesiva que el tiempo. Incontrolablemente, pasaba a enfilar números y ordenaba conclusiones: tres segundos resultan en 28.800 personas al día, 10.512.000 al año. Los números saltaban desde la calculadora y pasaban al papel por mi puño para escribir mi sentencia, números que me estrangulaban, me gritaban haciendo pulsar mis témporas.

Si de una estimada población de siete mil millones de personas ponemos el cincuenta por ciento como económicamente activas, significa que yo, como uno de esas últimas, debería encargarme a cada ochenta y tres días de darle de comer a alguien al borde de la muerte por hambruna: cuatro coma cuatro personas al año. Como uno es considerado económicamente activo desde los quince años, ya acumulaba veintisiete años en esa condición, lo que significaban ciento dieciocho personas que necesitaba urgentemente ser salvadas. No pude ni siquiera llorar. Sudaba.

«¿No querés pasar?, *te extraño*». Mensaje leído.

II

Al abrirle la puerta a Julia, sentí verdadero alivio. Casi inexplicablemente sentí amor. Yo seguía en un mundo que poco conocía, el del sentimiento puro antes de la razón, sentía antes de entender, incontenible.

—Me siento raro —le comenté— y creo que me será imposible volver.

Me miró con curiosidad, me abrazó con nuevos silencios, nos preparó unos mates y me dejó hablar.

—No sé qué decirte, en qué secuencia ni a qué conclusiones llegué. Así que mejor, te cuento de mi tendencia al trastorno obsesivo, mi amor, a veces me pasa, mirá la cocina *clean*, la patética despensa o esa infame tele por donde hace poco aquellos ojos profundos y necesitados me espiaban, me miraban mientras enfilaba latas de consumo y devoraba fastidiado algunas empanadas. Con las que sobran, ya salvaríamos a un par, ¿me entendés, Julia?

Le mostré los números y no sé qué me pasó, por qué llevaba una congoja y no quería estar solo ni evitar los vínculos. Y, de repente, me sentí solo, confuso, los sentimientos se mezclaron sin criterio y se me ocurrió que la amaba, pero que quizás no sabía cómo amar y que, junto a todo eso, existía una mirada clavada en mi memoria que me decía: «no me dejes morir».

—Me siento golpeado —le comenté, y parecía que mi desahogo le generaba alivio.

—Estás sensible. Pero hay que empezar —me dijo y se puso en movimiento—. Además, están los míos también. Hace la cuenta, ¿a cuántos he matado yo?

Y mientras calculaba, anotaba y tic, tac, tic, Julia abría la despensa y, sin la menor consideración y cuidado, sacaba latas de lugar. Sus manos revolvían los embalajes de

masas en las canastas y, de la misma manera que antes hizo Nina, Julia aún más derrumbaba mis tontas leyes, pero ya nada me molestaba. Me saqué de encima ese peso para sustituirlo por un muerto... Tic, tac, tic. Y de pronto, todo fue diferente, picamos los ingredientes al ritmo de los segundos, discutimos sobre ideas y recetas, sobre posibles lugares de distribución, sobre cómo sería de acá en adelante. Un par de horas después, estábamos en el auto con quince porciones generosas de comida caliente, que servimos a un grupo de personas en situación de calle, no tardamos en encontrarlas. Seguramente no estaban al borde inminente de la hambruna, pero nos daba igual, actuábamos todavía por impulso y, entre los que ahora disfrutaban de un buen plato de carbonara, se notaba igual el hambre por atención, dignidad, esperanza, casas, estaban abandonados y tenían miradas que coincidían con la que no olvidé jamás.

Al volver a casa, hablamos poco, descubrimos nuevos silencios que todavía no entendíamos. Se quedó a dormir, abrazados, piel con piel.

—Tenemos que organizarlo mejor —le comenté a Julia—. Para las próximas veces quizás podamos hablar con un cura, con un líder comunitario.

—Estaba pensando justamente en eso —me dijo, reposada sobre mi corazón—. Además, hay que divulgar el concepto, seguro que otros se sumarán. Ponele a Marcos, a Silvia, a Carla y a Mateo, a los muchachos del futbol, a mis hermanas, a tantos más, seguro que aportarán si saben sus números, sus huellas de hambruna.

Después la observé mientras dormía y tuve otra vez esa sensación de amor, de encontrarlo, de entenderlo, de respirar en la misma frecuencia, en el mismo calor, en un contraste claro y necesariamente complementario a mi ansiedad, porque lo seguía esperando la noche entera, angustiado, velando la incertidumbre, sin saber si había resistido. Poco a poco, se hizo nítido naturalmente, por fin volvía a mirarme, me tendía su huesuda mano y no sabíamos si éramos carne o espíritu. Su cuerpo era muy frágil, su estado permanecía crítico, de expiación.

—Seguirás vivo —trataba de tranquilizarlo mirándolo a sus negros ojos y apretándole suavemente la mano—, mientras te alimente a través de otros. No te fallaré, no estás solo.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac...

Viceversa

*“La historia de la mujer es la historia de la peor
forma de tiranía que el mundo ha conocido.
La tiranía del débil sobre el fuerte.”*
(Oscar Wilde)

El día ya había comenzado mal y eso no era difícil de evitar si Roberto, al menos, hubiese tenido un poco más de cuidado y de atención, ese plus de cariño que, a mi modo de ver, no es exigir demasiado. Ya está cansado de saber que no me gusta la leche con nata, mucho menos cuando, al mezclarse con el café, forma esas pequeñas islas flotantes que realmente no me gusta ver, ni sentir, qué decir de tomar. Decidí no recriminarle nada, quizás está en uno de esos días, y traté de desayunar en silencio y de leer la sección de *moda y design* del periódico para salvar la mañana con un poco de tranquilidad.

—Che, andá a ver a los chicos, me van a demorar —le comenté a Roberto, que terminaba de preparar los sándwiches de los niños—. Justo hoy que tengo una reunión importante —le expliqué sin querer parecer impaciente.

No tardó mucho hasta que se asomó Nadia, todo un orgullo, niña linda, decidida e inteligente, tiene toda la pinta de ser una grande, bien diferente a Mauro que, aunque mayor, anda siempre tímido y ausente. Busco no diferenciarlos, pero la verdad es que la gran solución para Mauro sería encontrar una buena mujer, alguien que lo cuide, que se haga cargo y que nos saque ese problema de encima.

—No me gusta cuando hablás así de Mauro —me recriminó, como siempre, Roberto—. Su futuro es mucho más que un buen matrimonio, Isabel. Lo deberías incentivar tanto como lo haces con Nadia.

Dios dame paciencia. Como siempre, reproches... Creo que son parte de la propia naturaleza de los hombres esas sutiles recriminaciones, una manera casi ingenua de soltar frustraciones acumuladas, su mundito chiquitito de cuidar de la casa, de los chicos y de solo preocuparse, como mucho, por el fútbol. Yo, acá, rompiéndome el lomo de tanto laburo para darle condiciones a todos, años al hilo, y la recompensa es un café con flecos de nata acompañado de consejitos sobre cómo debo tratar a Mauro, ¡dejáte de joder! En definitiva, uno necesita cierta dosis de resignación.

—¿Le podés apurar a Mauro? —le pedí a Roberto con cierta impaciencia mientras me maquillaba junto con Nadia, bien arreglada como yo, pese a que tenía tan solo doce años. En eso éramos muy conscientes y parecidas, una tiene que estar atenta a la imagen, desde las uñas hasta la ropa. Y acá hay que hacerle un elogio a Roberto, nunca he visto

un hombre tan esmerado en planchar ropa como mi marido, todo limpio, sin ningún pliegue, con olor a frescor y dictando elegancia. Soy vanidosa, una virtud que Roberto no comparte, siempre él anda por ahí en ojotas, con remeras viejas, con el pelo despeinado y sin afeitarse. Hace dos semanas llegué a casa y le dije que se arreglara porque «hoy salimos para comprarte un buen par de zapatos y nuevos vaqueros, te lo merecés, viejo», pero la receptividad fue decepcionante:

—Tenemos otras prioridades en el momento, Isabel —empezó Roberto con su rosario de lamentos—, ¿o vos te olvidaste del cumple de Mauro y que, además, quedamos en mandarle un pasaje a papá para que viniera visitarme?

Como dije, reproches y más reproches, intento agradecer a mi marido y, en vez de agradecerme, todavía me amenaza con la visita de mi suegro. Andá a entender a los hombres, ¡decime un poco!

Pero el fastidio se me fue con el contagioso buen humor de Nadia rumbo a la escuela, nos divertimos al inventar nombres con las patentes, al cantar nuestras baladas pop haciendo caras y coreografías. Tiene el mismo requiebre que su madre. Después de despedirlos, suelo tener mis quince minutos de paz entre la escuela y el trabajo, lo suficiente para disfrutar un poco del sosiego y llegar con buen ánimo a la oficina.

Me siento muy a gusto por allí, gané mi espacio por méritos y la presidente confía bastante en mí, el día suele empezar con una breve reunión para discutir el ambiente y las estrategias.

—Sentate, Isabel —me ordenó Sofía después de saludarme con unos besitos—, quiero discutir el tema de la sustituta de Carla, que se irá a la sucursal de Miami.

—Está bien, Sofía, pero vos sabés que sin café no funciona —le contesté con nuestra sonrisa irónica que ya lo decía todo.

Ella se enderezó en su silla y luego le ordenó por teléfono a Pepe que nos trajera el cafecito, que no tardó más que un par de minutos en llegar. Pepe, simpático como siempre, hoy estaba mejor que nunca: pantalones ajustados, camisa hecha a medida con los últimos botones abiertos, bien afeitado, con olor a colonia y con un andar que sabe que acapara las atenciones.

—¿Edulcorante o azúcar? —me preguntó sonriendo.

—Lo que quieras, Pepe —le dije con la complaciente sonrisa de Sofía.

Lo acompañamos con la mirada hasta que cerró la puerta del despacho.

—Papito, qué bueno que está, todo un bombón —concordamos Sofía y yo.

Después de ese motivador preludio, nos zambullimos por entero en el universo de trabajo, analizamos las alternativas, los potenciales y las capacidades de las posibles candidatas para la posición vacante. Me encanta ser parte de ese proceso, poder influenciar un poco los rumbos de la empresa y, mucho mejor, si mis sugerencias me hacen lucir.

—¿Y por qué no ascendemos a un hombre? —le sugerí sutilmente—. Creo que puede ser una buena señal para todos en la empresa, principalmente, porque no tenemos a ningún hombre en posición gerencial. Igualdad de género es un asunto de moda y uno de los principales reclamos de las encuestas que hace Recursos Humanos sobre el ambiente profesional.

—¿Sabés que tenés razón? —reflexionó Sofía después de unos segundos—. Además, ahorraríamos con el sueldo, creo que el setenta por ciento del salario de Carla sería lo suficiente.

—Seguro que alcanza y encima se podrá contento —le aseguré.

Coincidimos que Juan era la alternativa perfecta: un joven talento, confiado y levemente agresivo. No sé por qué, pero al salir del despacho de Sofía con su nombre definido y al pasar nuevamente por la mesa de Pepe, que me miraba con certera intensidad, me acordé de Roberto y de su opacidad. Últimamente me vino con la idea de querer buscar trabajo, decía que hoy en día era normal que los hombres ejercieran una profesión, que los chicos ya estaban crecidos y que pensaba en estudiar, «no en detrimento de las tareas domésticas», me aseguraba.

Pero la verdad es que ese tema me cansaba, así como Roberto y sus perpetuas ojeras, su poca frescura y sus inadecuados sueños, ya casi arribando a los cincuenta. Se quejaba de sus dolores en la columna por tanto levantar a los chicos y a los muebles de casa a lo largo de los años, de las articulaciones inflamadas, de su andropausia y sus hormonas desreguladas, de sus repentinas alteraciones de humor, como si trabajar en la oficina como yo fuese una pura fiesta y no consumiese vigor, no condujese al estrés o no exigiera total preparación. Pero es que yo me cuido, en mi poco tiempo disponible, todavía encuentro espacio para ir al gimnasio cerca del trabajo. Lo necesito para trabajar determinados grupos musculares y mantenerme con disposición sin desperdiciar mucho tiempo. A Roberto le expliqué que a él no le hacía falta ir al gimnasio, con el tiempo que le sobra podría hacer planchas, abdominales, flexiones de brazos en casa y correr por el barrio. Irse solo al gimnasio estaba fuera de cuestión (soy tradicionalista y no me gustan

que la gente comente), y acompañarme, ni pensar, «¡igual necesitamos ahorrar plata!», le justificaba.

Además, soy muy abierta y liberal al dejarlo jugar al fútbol con sus amigos todos los jueves por la noche para librar sus tensiones acumuladas. Eso sí, le exijo que me llame antes de salir y que no vuelva a casa después de las once de la noche. Eso funciona bien, aunque una vez tuve que intervenir. Eso fue hace años, al comienzo de nuestro matrimonio, cuando salió a jugar con el celular apagado y, para colmo, llegó tarde con aliento a cerveza. Al instante que entró a casa, ni siquiera le di tiempo de explicarse, sin más, le di dos o tres tremendos cachetazos, secos.

—¿Vos me tomás por pelotuda? —le pregunté mientras Roberto intentaba contener su pánico y su llanto—. ¡Exijo respeto! Andá a preparar la cena ahora mismo.

Se fue a la cocina con cara de pocos amigos y hasta le tuve un poco de lástima. Se mantuvo callado toda la noche, incluso a la hora de acostarse. Lo busqué para ver si se animaba un poco, pero no me correspondió como esperaba. Mala suerte la suya, porque su mal humor no me quitó el apetito sexual y, como mujer, tengo mis derechos a los cuales no pretendo renunciar. Creo que esa noche dejé en claro cómo las cosas funcionarían de allí en adelante, aunque confieso que algo de su brillo se perdió para darle lugar a una pizca de miedo y odio, reacciones normales. Con el tiempo, nos fuimos acostumbrando a esa situación y, si algunos días no se mostraba dispuesto, yo pasaba a buscar mis satisfacciones fuera del hogar. Es sabido que tenemos nuestras necesidades, al fin y al cabo, soy una hembra con «H» mayúscula.

Pero esas costumbres también tienen su trampa y responde al nombre de «Cristiano». Nos conocimos en una feria importante donde exponíamos nuestros productos. Para promocionar las visitas y los potenciales clientes, solemos utilizar viejos artificios, o sea, lindos y simpáticos modelos que dan las bienvenidas a las mujeres y demás visitantes. A pedido de Sofía, que confiaba en mi buen gusto, yo misma me encargué de elegir a los modelos; además de la belleza, es necesario hablar inglés y ser simpático. Cristiano me conquistó de inmediato, quizás por su juventud, su físico o por la fascinación que yo le despertaba y que él torpemente trataba de disimular. Pero la verdad es que hubo conexión y química desde el principio y yo no soy mujer de evadir lo que el destino me propone.

Para hacerla corta, estamos juntos hace casi dos años, aunque de manera oficiosa. Tiene la mitad de años que Roberto y me hace feliz con su picardía, con sus ganas de

conocer el mundo, con su deslumbramiento cuando vamos a un restaurante fino, con su emoción al andar por primera vez en avión, salir del país. Se nota que me quiere y a su lado me siento con mucho vigor, más joven y dispuesta. Sabe cómo tratarme, me espera todos los martes y jueves (mientras Roberto está jugando al fútbol) bien arreglado, con olor a perfumes que le regalé, con la cena lista y con mi *gin tonic*, que sabe preparar como nadie. Me saca los tacones, me masajea los pies, me lleva a las nubes.

Últimamente se hace el difícil, vuelve a repetirme que está cansado en ser el otro, que no tiene más ganas de esconderse, que tiene sueños que merecen ser vividos a mi lado. Nunca, por suerte, me habló de querer ser padre, en eso estamos de acuerdo. Jamás le he prometido nada, soy muy transparente en ese aspecto, pero la verdad es que con Roberto ya no existe pasión, como mucho, respeto por ser el padre de mis hijos. Y, mirando hacia el futuro, esa distancia tiende a aumentar, parece evidente que nuestros momentos son diferentes y, además, sus constantes reproches y depresión prácticamente me precipitan a los brazos de Cristiano, siempre bien dispuesto y gracioso.

Sin embargo, hoy por la noche, después de otro intenso atraco carnal (impulsado por la pastillita que me ayuda en esas ocasiones) decidí que había llegado el momento. No le daría más vueltas, estaba decidida a hablar con una buena abogada, Roberto lo tendría que entender. Sé que están los chicos, pero hoy en día separarse es de lo más normal. Probablemente él regresaría a la casa de su padre, se llevaría los chicos. Nadia futuramente me entenderá.

Así es la vida, desde que el tiempo es tiempo...

¿Qué te pasa, macho, no te gustó el puto cuentito?

El Cappuccino

*“Íntimamente se han abierto todas mis amarguras y mis esperanzas,
como las flores que la brisa pura esparce bajo el cielo de su fragancia.”
(Rafael Lasso de la Vega)*

No sé cuándo se instaló esa soledad fría, poblada de huecos y de tesoros carcomidos, ni cuándo empecé a sentirme desubicada y a notar que todo a mi alrededor se me iba de las manos, o mejor dicho, del corazón. Porque antes estaba mi trabajo y la convivencia social, que me permitían diluir mi hiel entre diversos blancos o reprimirla con simulacros de sonrisas y apariencias.

Estaba la disciplina de mi trabajo, vieja muleta, esa misma búsqueda por aprobación que anhelaba cuando era alumna y no me permitía esas libertades o alegrías despreocupadas como los demás, que se sentían satisfechos con simplemente pasar de año y pasarla bien. Las tareas se deben cumplir, las reglas, son para seguir y creo que el compromiso tiene que ser de todos.

Recuerdo que una vez en el colegio teníamos que presentar oralmente diferentes labores sobre temas políticos de nuestro país, desafío que abracé con esmero en tardes ocupadas mientras otros, principalmente Rubén y Marcos, contaban en los recreos sus despreocupados planes, que incluían deportes, fiaca y diversión. En el día de mi presentación, junto con mi colega Fabiana, la maestra dijo que, si alcanzaba el tiempo, les tocaría a los chicos presentar su trabajo sobre la educación, lo que los agarró totalmente desprevenidos.

Pese a mi edad, todavía tengo claro en mi memoria cómo Rubén y Marcos me imploraban con argumentos y galanteos que demorara al máximo nuestra presentación, ya que no tenían nada preparado. Concordé por simple táctica, pero para mí los vagos tienen que cosechar lo que siembran, y resultó que, con ahínco y sin comprometer nuestra performance, concluimos en menos tiempo de lo esperado, lo que dejó a los chicos al borde de la tragedia, con tan solo un recreo para lamentarse y tratar de explicar lo inexplicable a la dura maestra.

—Lo sentimos, chicos, hicimos lo mejor para demorar, pero no se dio —expliqué tratando de disfrazar mi satisfacción, la alegría de la desgracia ajena, el triunfo de mi justicia.

Lo que sucedió luego me despertó esa sensación que mantengo viva hasta hoy, ese sentimiento que me consume, ese monstruo que me mira, la infelicidad que niego porque me revela. De repente, vi cómo ambos movilizaron amigos y cómo en algunos

minutos, de la nada, empezaron a surgir informaciones, las revistas y el recuerdo de recientes clases de filosofía, donde se abordó el tema de educación, pero no como asunto del Estado, sino de formación de carácter social y familiar, con exponentes como Kant y Schopenhauer.

—Querida maestra —empezaron ambos con buena onda y firmeza—, hemos pensado mucho sobre el tema educación y, luego de largas charlas, hemos decidido salir de lo obvio y hacer un abordaje diferenciado sobre la educación para darle un aspecto más filosófico al tema...

En los siguientes treinta minutos, vi con impávida rabia cómo la engrupían a la profesora, cómo se salían con la suya, cómo, increíblemente, sus argumentos se cerraban delante de una maravillada maestra y el aguante de los demás colegas que, con preguntas previamente arregladas, alzaban los efectos de la presentación a un nivel que superaba, no lo podía negar, las formas que antes Fabiana y yo habíamos exhibido. ¡Hasta Fabiana se divertía!

Aquel día me sentí sola igual que hoy cuando me vino visitar mi hijo Romero, conscientemente atrapada por mis sentimientos, que vuelven siempre incontrolables, pese a que ya han pasado tantos años. Soy consciente y soy frágil, está claro, porque de otra manera algo intentaría cambiar en mí.

Es una lucha desigual, un acto frío de autofagia desenfrenada. No hablo de un otro yo, de otra personalidad, sé que soy yo, que en ciertos momentos se me escapan palabras, ademanes y miradas que recriminan, que hacen callar, ecos de una soledad repulsiva. No se trata de algo que siento venir de a ratos, porque siempre está ahí, indiferente como las consecuencias: *«otra vez llegaste tarde, hijo»*. Y aunque sé que veinte minutos no son nada en esa ciudad de locos, la frase, instintiva como un don cruel, ya me doblega y remato mi patética bienvenida con el perfectamente evitable *«podrías al menos haber llamado»*.

El silencio de Romero me enseñaba la otra faceta: su aire cansado, los segundos en los cuales busca paciencia y su mirada, un poco vacía, apiadada, que parece preguntar *«¿por qué sos así, mamá?»*. Lo registrábamos, sabía que me había dado cuenta de que me había ido la mano, que ni siquiera lo había saludado afectuosamente. Lo hice pasar a la cocina donde antes nos reuníamos a menudo, donde le preparaba panchos para su grupito de amigos, es un lugar más acogedor, quizás ayudaría a formar un calor que extrañábamos, pero que difícilmente encontrábamos, mucho menos generábamos. Y

pensar que durante el día me había sentido animada con su inminente visita, sé que es un hombre ocupado y que trabaja lejos, así que le preparé alfajores caseros, una torta de nueces y chocolate, y dejé todo listo para el café.

Podría haberme quedado con el recuerdo de Romero delante del cappuccino en la cocina o con su rostro un poco desilusionado, con el dulce aroma o con los últimos rayos de sol, que entraban por la ventana y le daban vida a las fumarolas que se desprendían de la taza. Pero los pensamientos pueden ser vertiginosos, irrefrenables y, al sentir un principio de tristeza, supe que también suelen ser inevitables. Antes yo había estado en la cocina, contrariada porque se atrasaba Romero, aunque no había precisado el horario, había dicho que pasaría por la tarde, y dudé, no sabía si la tarde acaba cuando la luminosidad desaparece o cuando pasan de las dieciocho horas. Miradas porfiadas al reloj de la cocina, grande y redondo, los pasos suficientemente ruidosos del segundero seguidos por los silencios de la impalpable tensión, mi inútil resistencia, ya eran las dieciocho y cuarto, seguro que se demorará y, aunque afuera el sol seguía enviando paz, empecé a preparar el café espresso.

Puede parecer una escena normal y corriente, pero no para mí, porque ya era el comienzo, la banalidad del disparate que de reojo miraba la cafetera, escuchaba la trémula llama, observaba cómo trataba de hervir el agua, cómo caminaba el infatigable segundero y cómo crecía *esa* misteriosa frustración, porque sé que a Romero siempre le gustó el café bien fuerte, negro, puro, «*cappuccino es cosa de conchetas, mamá*». Pero la culpa también la tenían el segundero que no daba tregua y la llama que hacía hervir, el café que chorreaba y el tiempo que se encarcelaba en mi rencor. Desde ahí, con determinada parsimonia, decidí calentar la leche, atenta a que no hirviese, para que no se abultase como mi vacío o su terca ausencia, luego la batía para que formase espuma, porque, en algún momento, el sol se pondría y se hará tarde. Definitivamente, las dieciocho y treinta horas ya podrían ser consideradas como comienzo de la noche, pese a que estábamos en medio del verano. Por eso, a la leche la batía con inexplicable rabia mientras el perro y su cola iban rumbo al portón, mi impulso ahora se volvía incontrolable, bastaba pararlo todo, pero me apuraba como una vieja loca, «*vení, espuma, vení antes del timbre, vení*», los contentos ladridos, la espuma que se formaba y, en un santiamén, el cappuccino por fin estaba armado, «*¡gané!*».

Precisamente ahí empezaron los segundos inolvidables, con la dolorosa pero quieta satisfacción de mi venganza, y se prolongaron como un escalofrío con el estridente

ruido del timbre, que anunciaba mis negras nubes. Yo misma pensaba que sería patético, que sería el colmo de mi gratuita punición, que no había necesidad, que en realidad el retumbar del timbre me permitió ver una posibilidad de salida, de tirar el cappuccino a la pileta de la cocina y de dejar todo lo demás ahí. Fue un pensamiento que al final no se consumió, como las traiciones platónicas, palabras mudas, envenenados potenciales.

Sin embargo, además de no rechazar la idea, su sutil crueldad me permitía descargar ese alud de contenida frustración capaz de convertir quilos de amargor en canela en polvo, finamente tamizada sobre la espuma, como un delicado detalle de un cariño inexistente, «podrías al menos haber llamado». Y sobre la estática espuma, reposaban las partículas de recuerdos de la virosis estomacal que tuvo Romero a los cinco años cuando todavía lo abrazaba, lo cuidaba y le decía cuánto lo quería, luego de que se comiera solapadamente el pastel de canela entero que había preparado mi suegra y que lo dejó vomitando por días, con el inolvidable y repugnante regusto de canela.

Creo que sentí soledad en el camino hacia la puerta, desde donde pude escuchar a Romero despirse de algún proveedor (¡tantas veces le había dicho que debería recibirse de abogado!) con preocupada y enérgica voz, para luego poner su facha de hijo amable, sin el menor rastro de remordimientos, porque no había cómo negar que a las dieciocho y treinta y dos ya es de noche.

—Tomalo vos, mamá —me dijo con irreprochable tono de amabilidad—, está muy lindo el cappuccino, pero el médico me tiene prohibido el café, mi gastritis no mejora. ¡Menos mal que no me vetó los alfajores!

Y en un ademán que no permitía objeciones, me lo devolvió y se sirvió contentamente de los dulces con la misma naturalidad con la cual abrió la heladera para buscar un jugo de cualquier cosa que le hiciese sentir bien, como si mi espera no tuviese importancia, como si su retraso se resolviese simplemente así, con una sonrisa e indiferencia.

—Vos sabés, hijo, que cada vez menos soporto la leche, hace tres semanas el médico me dijo que probablemente desarrollé intolerancia a la lactosa. Te lo avisé cuando regresaba sola en remis...—le recordé con conveniente pesar y sufrido suspiro.

Entonces hizo lo que hizo. Sin pestañear, se levantó de la mesa, tomó el cappuccino y, en dos segundos, lo botó con espuma y canela en la pileta de la cocina, como si mis miedos, tristezas y soledades no fuesen nada más que opciones descartables.

Vieja

“El alma no tiene secretos que el comportamiento no revele.”
(Lao Tsé)

I

Yo miraba a Yolanda y no sabía si realmente no se daba cuenta de que algo en mí había cambiado o si ella, simplemente, fingía un olvido. De repente, éramos dos extraños bajo la complicidad de Rocío, al borde de la extenuación y de mis noches mal dormidas, principalmente desde aquella, sobre cuyos hechos, a lo mejor, Yolanda y yo no coincidíamos.

Pero aquel flagrante episodio fue el comienzo de un hilo rojo de recuerdos, de situaciones que, porfiadamente, me venían a la memoria y que ahora encajaban en un orden diverso del mismo rompecabezas, que al final formaba aquella indescifrable mirada de Yolanda, profunda y sorprendida. De repente, rememoraba frases suyas («¿a quién *querés más?*»), reacciones de apariencia ingenuas, situaciones que desde aquella noche me atormentaban, tratando de transformar ingenuidad en frialdad y su amor, en simulacro.

Vivía en un estado de permanente alerta, ansioso. Ahora recordaba las palabras de mamá, que me advertía con pesar: «*ojo, mi hijo*», y señalaba con la ceja a Yolanda, sentada sola, con aire enfadado, en medio de la reunión familiar. La observaba y, como tantas veces solía pasar entre nosotros, se había dado cuenta y me encaró con una sonrisa que ahora, después de lo ocurrido, parecía sacada de un cajón de máscaras, casi impecable. Mamá bajó la cabeza y fue la última vez que se refirió al tema, aunque, en su momento, no la hubiese entendido. Seguro que se refería a su actitud disimulada, como si por detrás actuase una mujer segura que sabe lo que hace.

La mañana siguiente al evento, la noté más quieta, quizás debido al peso de mis pensamientos, que cargaban el ambiente, pero en sus silencios y ademanes también había tristeza. No era *ese* el sentimiento que esperaba, es cierto que en ningún momento ella abordaría el tema (*evidentemente* era algo que me tocaba a mí hacerlo), pero por ahí anhelaba encontrar en su fisonomía pinceladas de vergüenza, de remordimientos o, por lo menos, una señal, algún comienzo que mostrase que nunca pasaría.

En parte decidí seguirle el juego, trataba de sonreírle, de abrazarla, de corresponderle un beso, pero innegablemente ya existía una barrera formada por añicos de sentimientos insomnes. De repente, Yolanda era todo un misterio, por detrás de su imagen de candor, ahora entrevía envidia y ambición. Ya no identificaba en ella esa

inocencia que nos vuelve honestos. Su ingenuidad parecía una coartada de sus intenciones, y me asombraba que Yolanda se moviese con innata naturalidad sobre esa cornisa, sin asombro ni molestias, sin recuerdos ni confesiones.

Pero era una situación que a la larga no se sostendría, tendríamos que hablar al respecto de esos duraderos silencios vigilados, ya que, efectivamente, se había roto la confianza por más que Yolanda tratase de negar los acaecimientos y que Rocío me asegurase que definitivamente me estaba yendo al diablo. «*No me metas en tus neurosis, que ya me basta con lo mío*», me advertía con ojeras malhumoradas.

Así que, ni bien el hecho se enfrió y nuestras miradas se cruzaron, Yolanda logró sacar a Rocío del enredo y eludir abordajes directos para ganar tiempo, para recomodar la escena del delito y para hacerme creer, a través de sus reacciones ausentes, que aquel acto solo había existido en mi mente, que quizás nunca sucedió de aquella manera. «*Ojo, mi hijo*», me dijo mamá, y ahora pienso que el enfado de Yolanda se debió simplemente a que no era el centro de las atenciones de aquella fiesta en familia, porque, en aquel momento, todos los focos se dirigían a Rocío, que pedía permiso para amamantar a Victoria. Ambas estaban unidas por el pequeño milagro de no sucumbir ante la asfixia a la hora del parto, el temor de la muerte, su triunfo convertido en nombre, Victoria, y sus quietos huérfanos.

Pero no me animé a hablarle a la mañana siguiente, ni cuando nos despedimos de Rocío y de la llorosa Victoria, cuyos gritos súbitamente se ahogaban con la puerta del ascensor, que nos encajonaba en un silencio multiplicado por el espejo sin miradas. Durante el trayecto, hablamos sobre pocas amenidades y, cuando por fin se bajó del auto, se despidió decididamente sin mirar hacia atrás. Actuaba como si solo reaccionase, como si yo fuera el responsable de que todo se pudriera. A lo mejor, desconfiaba de que yo no le había contado nada a Rocío, de que no la había expuesto; quizás esperaba mantener todo oculto, compartir un secreto solo nuestro, una actuación paralela y, al darme cuenta hacia dónde mis pensamientos arribaban, tuve que darle la razón a Rocío de que me estaba yendo al carajo, «*¡ojo, mi hijo, ojo!*».

II

— ¿Pasó algo? —me preguntó Rocío al verme temprano en casa.

Inventé un par de situaciones de trabajo en las cuales no creyó. El tema me ocupaba todo el día, ya tenía las alternativas, pero quería verlas *in loco*, también sentir a

Rocío. Le dije que había venido decidido a sacar a Victoria del rayo de acción de Yolanda, al menos por las noches, donde todos los gatos son pardos.

— Desde que pasan las noches juntas, Victoria ya casi no se queja, hasta la tos mejoró —contestó con cierto cansancio—. Si te obsesiona tanto, anda a dormir con ellas. Yo necesito descanso.

Me pareció justo y necesario. Yolanda lo tomó con una alegría tan auténtica que me desconcertó. Cenó con prisa, pidió permiso para levantarse de la mesa, se lavó los dientes y, unos minutos después, me avisó que el cuarto ya estaba arreglado y puso el colchón más cerca de su camita para que pudiesen hablar sin molestar a Victoria.

— Y también ya elegí una historia para que me leas antes de dormir — avisó como modelo de buena niña.

—Ahora voy —le prometí, mientras sentía la mirada de Rocío que, seguramente, meneaba la cabeza.

Pasaban las noches sin ningún sobresalto. Notaba que Yolanda tenía el sueño ligero. De vez en cuando, se daba vuelta en su camita y me preguntaba:

— ¿Estás despierto, papá?

Quizás me estuviese tanteando. Esa noche había decidido que no le contestaría. Las escenas eran casi idénticas a las de aquella noche: cuarto a media luz y el leve llanto de Victoria.

— ¿Estás despierto, papá?

Permanecí quieto.

Se enderezó en la cama y, almohada en manos, se dirigió hasta la cuna de Victoria. Mi corazón se aceleró, estaba totalmente alerta para salvarla, «*ojo, mi hijo*». Se paró delante de la cuna y vi que, antes de tirar la almohada sobre Yolanda, me había mirado para certificar que yo estuviese dormido, pese a la insistente tos de Victoria. Petisa, se notaba que tenía dificultades debido a la altura de la baranda de la cuna y, realmente desde esta perspectiva, daba la impresión de que intentaba asfixiarla, «¿a quién quieres más?». Cuando decidí intervenir, noté que Yolanda por fin lograba equilibrarse sobre la baranda y, con las manos libres, conseguía acomodar la almohada por debajo de Victoria, que pocos segundos después dejó de toser. Satisfecha, volvió a su cama. Yolanda volvió sin nunca haberse ido.

Como burbujas, explotaban y se desvanecían mis sospechas, los consejos de mamá, mis torbellinos de precipitaciones, de pensamientos envenenados. De todas las

fantasiosas conjuras, solamente quedó la certeza de que Yolanda, desde que nació, es vieja, muy vieja.

Ego

“El hombre superior obra antes de hablar
y habla de acuerdo con sus actos.”
(Confucio)

I

—Ponele que es una clase de incompatibilidad ideológica —me decía Daniela anunciando su decisión de separarse de mí, como si fuéramos camaradas de una causa política.

Lamentablemente, en aquel momento, no me vinieron a la mente algunas de las excelentes respuestas que más tarde se me ocurrían sin parar y que repetía en mi imaginación. Veía cómo abría su bolsa trucha con sus uñas pintadas para buscar la llave del auto y cómo se arreglaba el pelo en un solo movimiento ondular, que incluía levantarse de la butaca rumbo a la puerta, acompañado del impaciente ruido de sus tacos. Se notaba que ansiaba salir, como si todo no pasara de un trámite inconveniente: por la mañana, hacer la caminata con Fernanda; después, almorzar con su familia, y luego separarse de mí, justo a tiempo para no perderse la *avant premiere* de una película italiana.

—En realidad, el que debería irse sos vos —afirmó con tono de calculado drama y de amenaza, lo que confirmaba que todo estaba planeado: la frase, el momento, el giro de la cabeza, «*luz, cámara, zoom y ciao*».

Junto con la puerta que se cerraba, absorbí el impacto y quedé inerte por un indeciso rato hasta que por fin decidí calentar la pava, porque, definitivamente, pienso mejor al cebarme unos mates, no importa cuán crítica sea la situación. Menos mal que se trataba de una tarea rutinaria, porque al moverme, sentía el corazón acelerado, la sangre que subía a la cabeza hasta pulsar en mi sien, la conciencia que se rompía, el orgullo herido, un mareo, confusa soledad. Como en una autopsia o en una investigación policial, trataba de ordenar las ideas y los acaecimientos, intercalaba largos charcos de ausencia (en los cuales no sabía dónde estaba ni en qué pensaba) con la esperanza de caer de alguna manera en una revelación, alguna pista o acusación. En mi ruleta de memorias, entre sorbos amargos de yerba, la bolita cayó sobre una escena en el supermercado a fines del año pasado.

—¿Tarjeta o efectivo? —nos preguntó la cajera.

Se me había olvidado la billetera en el auto y le pedí a Daniela que se hiciese cargo de la cuenta.

—No, mi amor, te espero hasta que vuelvas con la billetera. Mi dinero no está para que se enfiesten tus amigos — contestó, casi al borde de la indignación. Miró a la cajera, que meneaba afirmativamente la cabeza, y con eso, el asunto parecía cerrado.

Aquella noche, en el trayecto hacia casa, cierta dualidad no me salía del pensamiento, y ahora se destapaba nuevamente. Activé la luz de giro y el ritmado ruido me decía: «mi plata, tus amigos, mi plata, tus amigos». Subí los peldaños de la escalera y los conté con la cadencia de «mi plata, tus amigos», guardé las compras en el despensero y las separé de acuerdo a «mi plata, tus amigos». Para mi falsa sorpresa, encontré entre los ingredientes de la picada de la noche un paquete de *muesli*, yogur desnatado, té verde y cremas.

—Crema hidratante nutritiva...—Leí con atención—. Mejor les aviso a los muchachos para que se la coman con parsimonia.

Sabía que le había sentado mal mi comentario, porque pasó la noche un poco ausente, entre cuchicheos con Fernanda, distante de mí. Ni siquiera se reía de las desopilantes historias que nos contaba mi hermano Lucas. Creo que, en ese instante, lo podría haber notado, porque ahora entendía que aquella escena ya lo decía todo. Ahí me mostraba cómo era, lo que realmente le importaba, y yo opté por ignorarlo, por ser coautor. Realmente la plata no es un tema romántico, pero hace caer máscaras cuando recorre la interminable y satánica escalera de la vanidad o de la envidia. Las personas se transforman, los amigos, las personalidades, Daniela, yo...

—A ver, amorcito, ¿qué querés decir con «mi plata, tu plata»? ¿Acaso es «tu vida, mi vida»? —Era la pregunta que no fue y que ahora le proponía desde mi destierro.

Mientras el mate se iba lavando, una certeza se agrandaba: el supuesto amor de Daniela era proporcional a mi situación financiera y sus posibilidades de vacaciones, su Instagram, sus noches de boliches, su Facebook, sus asados *by* You Tube. Mi cotización dependía de eso, de la subida del dólar o de las lluvias en el campo, a los ojos de Daniela, yo perdía valor de acuerdo con la disminución de clientes de mi lavadero de autos, como resultado de otra crisis económica del país, «mi plata, tu gobierno».

Al final, noté que a su lado vivía sin mirar, actuaba sin pensar, estaba sin sentir, y que siempre lo supe. Más amargo que la yerba.

II

Pasadas unas semanas, esas conclusiones no apaciguaban la rabia. Pese a que no éramos casados, no medí esfuerzos en sacarle lo máximo de bienes posibles, en atacarla ahí, donde más le dolía. Incluso hice hincapié en cosas superfluas y, al cabo de una semana de intensos debates, acompañado del doctor Jurado (cliente del lavadero y abogado jubilado), me encontraba en la habitación de fondo del lavadero, cubierto de muebles y de pilas de cajas con utensilios exóticos, tales como una *waflera*, un horno de pan y un modelador *multistylor* para obtener un peinado liso, «mi plata, tu frizz ¡y que llovizne todos los días!».

—Te entiendo, pero sabés que no tiene el menor sentido —me dijo mi hermano Lucas, escondido detrás de alguna caja—. Dicen que la mejor manera de vengarse es no asemejarse a su enemigo...

Mientras Lucas trataba de entender lo que sucedía, su mujer, Verónica, más práctica, obraba el milagro de arreglar un rincón donde yo pudiese relajarme sin sentirme agobiado o amenazado por los objetos: una butaca, un velador, un sencillo altar para la Virgen, una lámpara, una ventana y algunas dudas.

Era mi lugar oficial, desde donde observaba cómo la noche se infiltraba y cómo los muebles y sus sombras disformes crecían, principalmente los domingos, cuando el tiempo se hacía notar. Parecía que mi alma estaba encajonada y pensaba que, si Dios se asomase ahora y me preguntase qué había hecho con mi vida, la respuesta sería ese patético *showroom* de ilusiones en oferta.

También la ausencia de Daniela era rara: claro que su falta se hacía notar, pero el dolor no era visceral, era más bien una constatación. Entendía que Daniela actuaba siempre, que esa era su manera de ver la vida, un teatro que exigía varios papeles y personajes, mientras yo era un actor de reparto en una mala película. Vivía en una zona de confort de la cual necesitaba salir, sentir urgencias, entenderlas, soñar.

Poco a poco, decidí deshacerme de las cosas. La primera en irse fue una mesa de comedor con sus cuatro sillas que, luego de unos lentos sorbos de mate y recuerdos de amistades aparentes, se reveló inútil. No tuve prisa. Subí los muebles a la camioneta y anduve sin destino por el barrio del conurbano, donde hacía poco había habido una inundación. Elegiría por el rostro, por la intuición, por algo que me importase, sin saber lo que realmente podría sensibilizarme... Tan poco me conocía. Noté que había muchos rostros que no sabía leer. Ya no se trataba de maquillaje, de cortes de pelo, de las máscaras

de *mi mundo Daniela*, sino de arrugas, de ojeras, de pelo sin pintar y de dientes deteriorados.

En una vereda, sentada en una mecedora, encontré a una señora con mirada de desencanto. Su fragilidad, su edad y su desolación me conmovieron, por fin, un sentimiento genuino. Se llamaba Pilar, tenía una casa muy modesta con paredes todavía húmedas. Se puso muy feliz con la mesa y las sillas e insistió en que al menos me quedase para un mate cocido. Me habló de la crecida, de que la ayudaron los vecinos, que eran casi como familia, «gente muy decente, gracias a Dios», me aseguró y los recordó con húmeda gratitud. Insistió en tender un mantel que tenía guardado y, al tomar el mate, lo hizo sonriendo.

—Ahora el mate tiene otro sabor —comentó. Yo ya no pensaba en Daniela.

Una semana después, le tocó al sofá color berenjena raro que compramos en una tarde de horrores en la cual recorrí casi todos los comercios de la ciudad hasta encontrar el tejido justo que atendía todos los caprichos de Daniela. Ahora me encaraba detrás de las fumarolas del cigarrillo, estático, inconsistente, desafiante. Todavía recordaba el aire de satisfacción y de victoria de Daniela al subir las primeras fotos a su cuenta Facebook y me pregunté qué carajo hacía yo en aquel momento, sonriendo sin sentido, compartiendo humo. Qué cretino...

Decidí ir por los vecinos de la señora Pilar, me presenté y les pregunté si aceptaban mi donación. Mientras bajaba los muebles junto con otros sillones míos y ropas diversas, noté cómo la dueña de la casa consultaba disimuladamente a la señora Pilar para asegurarse de la veracidad de los hechos.

—¡No puedo creer me cae un sofá del cielo! — exclamó desconfiada, y fue todo lo que dijo.

Ese día volví a casa sintiéndome como un instrumento de la justicia divina (lo digo con modestia) y con un perro vagabundo que, según la señora Pilar, había sido abandonado semanas atrás en aquella zona. Respecto a Daniela, no sentí el sabor de venganza, porque me daba cuenta de que éramos cómplices, de que también ella entregaba mis fracasos; mejor aceptar el hecho de una buena vez.

Estábamos compartiendo unos flecos de sol, ambos limpios, alimentados y sin soledades; yo tomaba mate y el perro dormitaba cuando esa sensación ligera de dilatado bienestar, ese olvidado estado de paz, me invadió. Porque, sorpresivamente, también me sentía cómplice de la señora Pilar y de sus vecinos sentados en el sofá berenjena, y por

un momento, tuve la impresión de que oraban agradecidos. Y fue en ese instante que volví a sentir, mi nirvana plebeyo.

Por unos segundos, sentí cómo esa paz se alastró por todo mi cuerpo y mi mente, cómo todo cambió de perspectiva, sentimientos se revelaron, caminos se abrieron en un estado de contemplación. La sensación de paz, hija de la caridad, calentaba mis manos y mis pies siempre fríos, relajaba mis músculos. En el corazón y en mi mente, los rencores, los reproches, los problemas y las tristezas eran invadidos por esa paz, por la verdadera esencia de la oración, que quitaba todos los pesos. Me sentí unido a Dios y todo era alivio en el alma.

No sé cuánto tiempo tardó ese instante. Volver fue como despertarse de un sueño.

III

El recuerdo todavía me emociona y suelo contarle cuando nos reunimos en algún boliche de moda o cuando Celia invita a nuestros amigos para estrenar el horno de pizza (lo más difícil fue encontrar servilletas tricolores como insistió obstinadamente). Sé que no se deben alardear las buenas acciones, sin embargo, creo que ejemplos como el mío sirven para multiplicarlos en nuestra sociedad.

—Ah, ¡qué lindo! —Suspiró Celia arreglándose el pelo—. Tan sensible, mi amor. Donó tantas cosas. Y eso cuando el lavadero todavía pasaba por malos momentos...

Como aplausos mentales, nuestros amigos silenciaron y, por unos segundos, hubo cierta atmósfera de reflexión en el ambiente y, por mi parte, de evidente sonroja. Menos mal que no estaba Lucas para quebrar ese encanto con sus inoportunos comentarios sobre que todo despechado es caritativo, que acabadas las pilas de cajas, también se había acabado mi caridad.

—¡Momento *selfie*! —gritó la mejor amiga de Celia y todo volvía a su lugar, al de siempre.

Sonreí dos veces y luego salí a fumar. Al fondo, descansando sobre una piedra bajo el sol, estaba el perro. Ni bien me vio, vino corriendo. Me emociona y me condena, porque cree que he cambiado verdaderamente.

La casa

“Sólo los muertos conocen en fin de la guerra.”
(Jorge Santayana)

I

Hace unos días buscábamos madera entre los escombros, cuando escuchamos los primeros disparos y el ruido de los aviones que sobrevolaban la ciudad. Fue la señal para que tratásemos de regresar a un refugio lo antes posible, juntos, con mamá y con la abuela y sus oraciones. Sentimos la muerte al acecho, impotente fragilidad del destino. Todos esperábamos el veredicto de Dios: ¿nos tocaría hoy? ¿Quiénes sufrirán?

Ya al final de la tarde, mi angustia había llegado al límite. Caminaba enjaulado en la bóveda, tomado por la aprensión generada por los ataques, atento a alguna señal o a una amenaza. Curiosamente, era el silencio de los bebés el principal indicativo de tregua, angelitos de la paz momentánea. Durante las horas de combate, lloraban o se quejaban sin cesar, inquietos y molestos, pero en cierto momento se callaban, buscaban el calor de sus madres, jugaban con sus propias manos, miraban las cansadas sonrisas de los hermanos, se distraían, lo que parecía ser un presentimiento inexplicable de tregua. Todos quedábamos exhaustos. Había alivio por seguir vivos aunque fuese para pasar los días contando pérdidas, esperando noticias, ninguna buena.

Yo ansiaba salir. Era una tarea que antes la ejecutaba mi padre hasta que fue acribillado por uno de los lados de esa guerra, que nunca fue nuestra. Mamá tenía mucho miedo con mis primeras salidas, pero en nuestra situación, ciertos temores no tenían espacio. Ya tenía doce años y era el sustituto de mi padre, mejor que lo hiciera yo a que fuera mi hermanito o algunas de las comadres, que eran toda nuestra fe, nuestro amor y esperanza. A veces sospecho que ni siquiera ellas tenían fuerzas para mucho más.

En silencio le hice una señal de que por fin saldría. En su mirada, noté que me bendijo y que oró por mi protección. A mi hermanito no lo miré porque sabía que era miedoso y que me quería mucho. Al primer ruido de avión, salía corriendo a mi lado y solía preguntarme con ingenua mirada: «¿Te parece que hoy moriremos?». Eses eran todos sus sentimientos, como hace dos semanas, cuando se acercó preocupado durante un ataque similar para preguntarme: «¿Te acordás dónde estaba la escuela de música? Hoy creo haber visto entre los escombros algunas maderas de muebles. Te aviso por si acaso...»

Le agradecí y observé como volvía a su posición, sentado en el piso, recostado contra la pared, esperando, conformado con la posible muerte, de cabeza gacha. Yo ya no sentía dolor porque, de otra manera, no lo soportaría. Su vida ya no tenía mucho valor para él, sus perspectivas no pasaban de minutos, sus preocupaciones u objetivos eran la madera para calentarnos, para hervir el agua de la lluvia, para darme una información por si acaso se muere, por si acaso no nos volvamos a ver, por si acaso la nada...

Salí a la calle y todavía no había anochecido. Después de los combates, el silencio de la muerte reina soberanamente. Sin embargo, poco a poco, se escuchaba alguna voz, algunos gritos, alguna música, pero la sombra de la muerte nunca dejaba de estar. Eran los momentos donde más se tomaba en el barrio, parecía que la gente necesitaba de fuertes tragos para bajar la surreal tensión del terror y de la ansiedad, el veneno del olvido.

Hoy, aparentemente, la zona no ha sido afectada. Normalmente, a nosotros, los pibes, nos cuesta menos volver a ocupar las calles, porque somos fácilmente identificables como «no combatientes». También tenemos un código de silbidos, parecido al que usábamos para jugar en el barrio o en el colegio, aunque ahora agregamos nuevos códigos para minas, francoatiradores, heridos.

Los primeros rumores daban cuenta de que el blanco había sido la zona de la bajada. Era uno de mis temores en medio del irracional caos de esperanza. Allí se ubicaba nuestro barrio, nuestra infancia, nuestra memoria, nuestra vida y también era donde decíamos que estaba nuestra casa, la que abandonamos para huir de los invasores de turno.

Nunca la olvidé, era todo lo que teníamos. He visto muchas desgracias, mucha tristeza, me dan lástima mi mamá y mi hermano, mis vecinos. Y cuando noto que están tristes y que dudan de sus fuerzas, escasas esperanzas, yo les digo que todo cambiará, que se acuerden de sus casas, porque un día volveremos. Volveremos a casa. Es el símbolo del recomienzo, es hacia donde iremos cuando todo termine, cuando por fin tratemos de llevar una vida normal.

—¿Qué te parece si compartimos un cuarto cuando regresamos a casa? —le preguntaba a mi hermanito cuando lo veía desanimado—. Así ganamos uno para jugar.

En seguida, sus ojos se iluminaban, un futuro se dibujaba sin pesadillas solitarias, pese a que ciertas cosas nunca volverían a ser normales.

Después de días de tregua, decidí irme con los primeros rayos de sol hacia la bajada. Lo más difícil era hacerlo a escondidas de mamá. Le avisé a mi primo, por si acaso... Si, por un lado, las ruinas de la ciudad dificultaban la locomoción y la ubicación,

por otro lado, eran prácticas e improvisadas barricadas frente a posibles disparos. Pude acercarme sin demasiados inconvenientes hasta el edificio de la antigua sede de la Escuela de Comercio, donde mi padre daba clases de Estrategias de Mercado. En la memoria, rescataba las calles y los caminos que ahora estaban bastante destruidos. ¡Estaba a veinte cuadras de casa!

Nunca había estado tan cerca en los últimos once meses.

Mi ansiedad ya no daba para más, en especial, al verificar que en los últimos días los combates se habían intensificado con el uso de armas de mayor poderío belicoso, lo que era una amenaza más para nuestra casa. Con eso, las tropas militares avanzaban, nuestra zona estaba prácticamente recuperada y los combates importantes se desarrollaban hacia otra dirección. Decidí verla. Pese a los escombros, conocía ese local como la palma de mi mano. Las calles estaban desiertas.

Mi corazón latía muy fuertemente al ver la esquina de la barbearía del señor Samir, con una de las vidrieras todavía intacta. La verdulería de Mahmoud también se encontraba en buen estado, la escuela estaba bastante peor, pero reconocible. El silencio me daba miedo, mis piernas temblaban, avanzaba por entre las casas, por sus patios y jardines, desiertos de felices memorias. Salté el muro de la casa de la viuda Lina y, según recordaba, desde allí ya sería posible avistar los fondos de la nuestra.

¡Seguía allí, linda!

Me acercé con cuidado, sin precipitaciones. No había nadie. Se notaba que había sido ocupada por momentos, pero quedaban la mesa, los bancos, algunos cuadros, casi todas las paredes, parte de la escalera. La noticia era alentadora. Mentalmente, le agradecí a Dios, sin jamás desconcentrarme o emocionarme demasiado, había aprendido que por acá no vale una vida. Decidí acercarme con cuidado al balcón de mi cuarto para observar el barrio y así traerles noticias a los demás.

De repente, escuché disparos muy cercanos e instintivamente me tiré al piso. Los tiroteos siguieron por largos minutos hasta que pasé a registrar gritos, puertas que se abrían, pasos y, en un santiamén, dos rebeldes entraban en mi cuarto, ambos armados, uno herido. Cerré los ojos esperando el tiro de misericordia, el final de mi vida en la siguiente fracción de segundo.

—¡Levántate despacio! —me ordenaron sin rencor.

Me revistaron y me indicaron el rincón del cuarto donde debía permanecer sentado y callado. Creo que mi deplorable estado les aseguraba mi pasividad. El mayor de los dos

estaba herido en el pecho, consecuencia de un balazo, perdía sangre y se lo notaba muy cansado. El menor, que no parecía tener ni dieciocho años, estaba muy nervioso y no sabía qué hacer. Le daba a su hermano un poco de agua, rezaba, lo abrazaba. «Moriremos peleando, *pero no te dejaré*», repetía insistentemente. «Antes exploto *todo y nos llevamos algunos con nosotros*».

Inmediatamente, pensé en mi madre y en mi hermano, en la casa, en nuestra inexplicable y torpe esperanza. Ante tantas desgracias, no me hubiese sorprendido morir irónicamente en mi casa, después de tanto tiempo de extrañarla, de elevarla a símbolo del porvenir. Mi vida tampoco me parecía que valiera mucho, pero mi pesadumbre se debía a la esperanza de mi madre y de mi hermano, que literalmente se derrumbarían.

—Primero, aplicá presión en la herida, en los puntos sangrantes. ¿Tenés un paño, una prenda de ropa? —expliqué con voz calmada al hermano menor.

—¿Qué decis, pibe? —me retó, sorprendido y con un hilo de esperanza que flotaba con el sonido de su voz.

—Si se empapa, cambiala. Hay que controlar la hemorragia y extraer los fragmentos de la bala. Tienen que llegar a su agrupación, es lo único que lo puede salvar —le aseguré, basado en repetidas experiencias a lo largo de años de guerra.

No sentía pena ni conmiseración. Tampoco odio. Todo lo que ansiaba era que saliesen de nuestra casa, que la pudiese preservar para mi hermanito, para confortar a mi sufrida madre, para que sus paredes un día volvieresen a llenarse de charlas, de rutinas, de paz, todo menos mi abstracta sangre respingada. Al menos, quería morir lejos de casa.

—El pibe tiene razón —afirmó el hermano mayor, que parecía recobrar un poco de fuerzas.

Ya no había tiempo que perder, estaba por anochecer. Había que aprovechar la mejora del hermano mayor y su esperanza de vivir.

—Sé cómo salir. Yo conozco todo por acá, nací aquí —les propuse.

Vi cómo discutían un poco entre ellos y cómo llegaban a un acuerdo.

—Serás el primero en partir al infierno si te mandás una macana, ¿entendiste, pibe?—me avisaba el mayor.

Durante mi ruta de fuga, sabía que al menos dos armas estaban apuntadas a mi cabeza. Sin embargo, mi miedo más grande era que hubiese otras y que, en segundos, todo volase por los aires. Primeramente, fuimos hasta el fondo de nuestro jardín y pasamos al del señor Samir, protegidos por el manzano que unía nuestras propiedades y

que alzaba el pastel hecho por su mujer a esferas legendarias. Su terreno tenía una puerta lateral hacia una red de callejuelas, que eran como arterias secundarias para irradiar de vida a nuestro barrio.

Avanzábamos en cuclillas, en cortas corriditas y siempre me mandaban al frente en los puntos críticos, los cruces, por si acaso... Entregaba mi vida a Dios y le agradecía por haber salvado nuestra casa. Eso me tranquilizaba. El peligro parecía alejarse mientras progresábamos con un poco más de fluidez. Mis caminos parecían seguros y, en menos de veinte minutos, llegamos a la «Alameda de la Fe», como llamábamos a la avenida donde se encontraban los templos de diversas religiones, que en su momento convivían por acá y que ahora no eran más que meros escombros.

—Al final de la avenida está el camino que va hacia el norte— les indiqué sobre las ruinas.

Sin más, les di la espalda. No estaba muy lejos de casa. Bastaba bajar por la arbolada, doblar a la derecha después del vendedor de golosinas al lado de la parada de colectivos, seguir derecho por la concurrida zona cerealista hasta la panadería del señor Faruk, con sus aromas que seducían y con el té con menta. Luego bastaría guiarme por los olores de especias hasta la rotonda del mercado central, que a esa hora estaba siempre en ebullición. Desde ahí, debía subir hasta el colegio de niñas, a un par de cuadras de casa.

Otra vez pensé en mi hermanito. «¿Los que sueltan bombas desde los aviones no saben que estamos acá abajo?», solía preguntarme al correr cuando escuchaba las explosiones.

Pese a que temblaba horrores, empecé a caminar por la cornisa de los segundos. Otra vez me acompañaba la sensación de que fusiles apuntaban a mi cabeza, casi los veía junto a mi sobra inclinadamente proyectada sobre el polvoriento sendero hacia casa.

Quizás encuentre por el camino una flor de iris azul, de las que tanto le encantan a mamá.

El domingo

*“El amor no mira con los ojos,
sino con el alma.”*
(William Shakespeare)

I

Siempre sueño con el calor, con la caricia del mar y de la playa, con mamá, con su pelo suelto al viento, con su sonrisa como continuación de sus brazos abiertos mientras corro hacia ella. La confianza inmutable, la seguridad de escuchar sus cálidas palabras, «*lo podemos todo*», el amor y el corazón. La felicidad plena donde no existe el sonido del despertador a los domingos, el sueño supera la realidad, la certidumbre delante de la duda. Corro, mamá, los brazos, la playa, el cariño, olvidémonos de la otra realidad, ese simulacro que el insistente despertador no logrará poner en su sitio.

Sí, mi cariño, mi princesita, (sé que tu Papá detesta ese apodo), yo te protejo, yo te quiero y la vida es lo que queremos que sea. Bruto es el mundo afuera; insensibles, las personas que no pueden mirar más allá. Tu papá no se dio cuenta, no valoró lo esencial, por eso te doy todo mi cariño sin medidas ni límites, nuestro mundo basta y que nadie nos diga qué hacer. Acá tenés lo que necesitás, lo que debés soñar y mañana vamos al cine.

Vos sentadita a mi lado, nos divertimos comiendo pochoclos, ¿entendiste lo que quiso decir la película? Tenés seis años, ya te la explico, ¡tenés que entender! No sos como las otras niñas de tu edad, sos diferente, sos mi princesita, estás en nuestro mundo y no me preguntés por papá, no lo busqués en las películas, ¿no te estás divirtiendo?

Aprovechá bastante, porque mañana es domingo y él vendrá buscarte, no te pongas triste, pensá en mamá, que el tiempo pasará rápidamente, pensá en cómo te quiero, armá nuestra fortaleza, nuestros castillos con las altas torres del corazón, donde nadie te alcanzará. El amor, *nuestro amor*, es la llave; él la perdió y jamás pensó en vos, ya debe tener otra («¿vos viste a alguien los domingos?»), nos abandonó, da igual que venga los domingos a buscarte, desde la altura de la torre no lo podrás escuchar, las palabras son inútiles y no te preocupés por mi salud, tengo muchos dolores, pero ya va a pasar, no me mires con esos ojos, te aseguro nuestro mundo, no te preocupés...

Qué linda playa, mamá, menos mal que está desierta, pero, ¿por qué trata de visitarnos en nuestros sueños? Me gusta, me hacen olvidar del despertador que te parece tan terrible, acá soy libre y feliz, pero, ¿por qué me pesa el espíritu? Voy corriendo, mamá y no miraré alrededor, no es necesario, ya lo sé, pero no sé cómo lo hace, porque en algún lugar lo siento... Cómo es infinito el mar, cómo brilla el cielo. No puedo gritar porque no sé qué saldrá desde adentro, quizás no te guste, por eso miro solamente tus brazos, mejor

así, mamá, te cuidaré y soy feliz, maldito despertador. Somos fuertes y yo te acompaño, soy la princesita y somos diferentes, la playa está como nos gusta, a lo mejor podemos leer un poco y discutir un cuento, mientras te cuido y te acaricio el pelo, yo no te abandonaré. Te prometo que tampoco lo escucharé mientras me habla con cariño, estaré en la torre, lejos de la dulzura que engaña, porque me decís que nos abandonó, quedate tranquila, lo ignoraré como recomendaste, después te cuento para que sientas orgullo de mí, de la princesita.

Quizás es mejor despertarse, el sueño es lindo, mamá, pero no sé cómo hace, él vendrá a vernos aunque la playa es nuestra y nuestro cielo es infinito, porque dentro de poco será domingo... No lo llamo, mamá, lo evito con todas las fuerzas, es nuestro sueño, es nuestra historia, pero acá, liberados del cuerpo, hay sentimientos que no podemos controlar, entonces ¿es así como viene? ¿Lo estás llamando o soy yo? Quizás no nos abandonó, aunque sé que te duele el cuerpo, que sufrís. Disculpame, seremos fuertes y vamos al cine porque nos divertimos, aunque no entiendo bien las tramas que tanto te gustan, él no nos quiere, ya lo sé, gracias, mamá, por el amor, es todo que nos queda y es suficiente, te voy a cuidar, sé que vendrá, ¿qué significaría despertarse ahora?

Vení, mi niña, vení corriendo que me encanta tu sonrisa, me hace olvidar. Lo arreglaremos todo, no importa el mundo de afuera, sos mi mundo y me dedico por completo a vos, por entera. Me emociona tu pureza de niña, la ingenuidad de sentimientos, las emociones intactas que la vida moldeará, pero yo te ayudo y te cuento todo, te doy todo. Sos chica, pero tenés que comprender, me duele la piel, los músculos, las articulaciones que sufren y lo del útero, que es solo un quiste o un nódulo, el médico dijo que quizás hace falta una biopsia, te lo cuento porque tomamos las decisiones juntas. Te preparé la ropita y la mochila y ¡no pierdas la campera! Cuando vuelvas me contás todo, pobre niña, no sufras sola, estaré contigo, ¿acaso alguien lo llamó? ¿Te acordás del nombre, Elisa, Cristina?

Me conmueven tus ojos, eran azules cuando naciste, como los de papá, pero más lindos son ahora, color miel, con las huellas de nuestra historia; son un reflejo del alma. Sé que no me traicionarás, hago todo por vos y él no te da atención. Hoy por la noche, veremos una película en casa y comeremos pizza, ¿viste que nos gusta el mismo sabor, princesita? Te mandaré un mensaje al celular, no lo enseñés a nadie, estaré acá sola, esperándote. Portate bien y no te olvidés de tus responsabilidades ni caigas en sus trampas de sonrisas o de psicología barata. Él no merece tu amor, pero sí el desprecio; el abandono

se paga con la misma moneda, princesita, pero no me mires así, con esos ojos un poco azules, no me preguntés por qué me duele el cuerpo o qué son nódulos o quistes, te lo comenté para que no hubiesen secretos, simplemente, me duelen y surgen porque me hizo sufrir, no merece ser feliz. No me recordés ni me preguntés, no hay necesidad, porque acá está nuestro mundo, ese sueño antes de que toque el inevitable despertador: la playa, los castillos y las torres, los brazos abiertos. Seguí corriendo, no mires al costado, mejor correr con los ojos cerrados contra la brisa, no sé si lo llamé yo o si fuiste vos, pero puede ser que nos visite, mejor te abrazo más fuerte, princesita, mientras te agitás en la cama, estoy contigo, mi hija.

Sigo corriendo, mamá, lo puedo hacer con los ojos cerrados, porque me mostraste hacia dónde correr, pero precisamente con los ojos cerrados lo veo con más nitidez y no puedo gritar. No te traiciono, mamá, y te voy a cuidar, pero se acerca cuando cierro los ojos mientras corro hacia vos. Veo con los ojos del alma y estoy confusa, mamá, ¿a vos te pasa lo mismo? Acá, en nuestra playa y sueño, me siento niña y vieja, un alma sin defensa, tapo los oídos pero él me habla desde el corazón y me sonrío... ¿Existirá otra realidad, otro mundo? No voy a preguntar, por un instante, es como si me contestara con su mirada azul que nada exige, que siempre me quiso, aunque te abandonó a vos, la esencia está en el alma, en el sentimiento, en su amor. Disculpame por lo que dije, ya sé que nuestro amor, mamá, es lo que nos basta, ya lo sé, mejor que abra los ojos para verte a vos a mi lado en la cama, algo no se cierra y por eso los abriré para entrar en nuestro mundo, donde todo tiene su sitio y estamos seguras, porque lo mantenemos lejos de nuestra vida; el domingo pasará rápido y fríamente.

Seremos fuertes y no tendremos dudas, ¿no es cierto, mamá? No te molestes con mi pregunta y no me reproches, pero, ¿no podríamos ponerles puertas y ventanas a nuestro mundo, a nuestras fortalezas, a nuestros castillos y torres? ¿Existirán otros cuartos a los que no nos atrevemos a entrar, donde hay luz, soles y colores que abracen tu piel y no alimenten los malditos nódulos y me quiten esa pesadumbre? Pronto despertaré y será domingo, estoy confusa, a veces me pregunto dónde vamos y si todo no sería diferente si no nos hubiese abandonado, aunque viene todos los domingos. No lo escucharé ni le contestaré, sé que lo herimos así y que te pondrás contenta, yo no te traicionaré y tampoco seré responsable por los nódulos y el reumatismo, llevaré la torre en mi mochila para volver más tarde a lo mismo, nuestro concepto, para correr hacia tus brazos y que todo vuelva a hacer sentido. Pero, ¿por cuál ventana nos habla, mamá?

Pronto te toca despertar, mí querida, luego vendrá papá a buscarte, hoy es domingo. Si lo pudiese evitar, lo haría, sería lo mejor para todos, quizás ya nada me doliese más. ¿Hasta cuándo insistirá en venir? Tengo dudas, pero es necesario seguir, las ventanas me asustan, mejor dejarlas cerradas. Estoy triste y vos sos mi alegría, lo intento olvidar y me hacés acordar, trato de huir, pero la pizca azul de tus ojos me delata, son tu propia ventana. Adentro, lucho como puedo, por eso que me duele todo, ¿cómo funciona ese mecanismo, el ciclo de la vida? Naciste de mi vientre y de una esperanza, sos el alma que se ubica en nuestra historia, de la cual no consigo librarme. ¿Cómo soltarte, si esto significaría exponerme? No es justo, no perdono, no lo quiero perdonar, tenía tantas ilusiones, por eso no puedo creer, ni abrir ventanas, ni darte espacio, la luz debe ser el camino pero tengo que llevarte conmigo para que no me condenes, vení, mi hija, la playa está desierta, no mires, estás segura, ¡cerrá los ojos y corré, yo te doy todo, vivo por vos!

Yo lo veo despierto, lo veo en tus ojos, princesita, por eso los cierro para olvidar, quizás dentro de poco se cansará y no vendrá más los domingos, también te abandonará y me darás razón. Disculpame, nena, pero es tarde ya, dentro de un rato tocará el despertador, te prepararé la mochila para que te subas a las torres, pondré la campera, ¡no la vayas a perder!

El despertador ya va sonar y él está cada vez más cerca, mamá. Lo observo en e, sueño, suelto las amarras de la carne, dejo de ser niña, mi mente cobra su conciencia de espíritu. Mientras se me aclaran los sentimientos, el castillo se derrumba, tenemos que salir de la torre, mamá, hay ventanas y tenemos que creer. La playa y el despertador, los ojos azules cerrados, pero con la ventana recién abierta, la fe frente a caminos desconocidos, el abandono que quizás también fue nuestro, tantas cosas, ¿cómo juzgar? ¿Cómo saldremos de acá, mamá? El amor se hace fuerte y pide vivir, quiero gritar, pero no te quiero herir. Es nuestro camino y tenemos que seguirlo, nunca es tarde, mamá y no te abandonare. A lo mejor, hay algo muy lindo más allá, en otras direcciones, al mirar por las ventanas que abriremos juntas, donde el perdón y la esperanza son bálsamos para el cuerpo y desatan nódulos, ¿cuál será la distancia entre esos mundos?

Falta poco para que suene la alarma del despertador, mi hija, y luego tratarás de ignorar al insistente portero eléctrico, ya conozco tus trucos y mañas, me hacés reír, disimulada espontaneidad. Estará media hora esperándote afuera, minutos de desprecio e indiferencia, te tocará ir mientras me quedo sola, otro domingo sin vos. Las tardes son

vacías, sé que lo sentís igual, pero sin hablarle y reclusa, estaremos unidas por un sentimiento, ya olvidadas del principio, ¿qué importa?

Me despierto con tu pesadumbre, porque hoy es domingo. Del sueño no recuerdo mucho. No sé si estuvo o no. Pero lo sentí, eso sí. Sentada en el banco trasero del auto, miro por la ventana y evito su mirada. Me pregunta sobre la semana, sobre los amiguitos, sobre lo que quiero hacer en ese día lindo. No le contesto, lo ignoro por completo porque te abandonó, porque tenés quistes que el médico está analizando, porque te hace doler el cuerpo, porque soy tu princesita. Su mirada es triste. Me duele mucho, pero no sé qué hacer, no te puedo traicionar.

—Mirá, hija —me dice con ojos azules luego de tantos silencios—, todos los días, antes de dormir, rezo a Dios para que un día entiendas el amor. Él nunca nos abandona.

Es así como lo hace, es así como se entromete en nuestros sueños, es así como me alcanza y me hace sentir su amor, que allí suelta, no puedo negar, y que me alimenta. Quise preguntarle si todos podemos rezar, si funciona con todos, pero no te quiero enfermar, mamá.

Desde entonces, rezo por vos, para que creas que Dios no abandona a nadie, para que abras las ventanas de tu torre, para que nada más te duela y para que me perdones por querer amar.

Esclarecimientos

Los libros publicados por Hendrik Wernick nacieron como consecuencia natural de los trabajos mediumnicos a los cuales el autor está vinculado desde 2002, cuando empezó a estudiar y a trabajar con el Espiritismo. A lo largo de los siguientes cuatro años, trabajó en Centros Espíritas y de Umbanda, hasta fundar, junto con su esposa Sueli, el Centro Espírita Apométrico Fraternidade da Luz, ubicado en São Paulo, donde ejecutan gratuitamente las labores espirituales.

Directamente vinculado a las obras publicadas está la técnica de psicografía que se basa en algunos principios fundamentales del universo espírita:

- El Espiritismo es una doctrina fundada sobre la creencia en la existencia de los Espíritus y en sus manifestaciones. Cree en la existencia del alma espiritual e inmaterial.
- Médiun: Persona que puede servir de intermediario entre los Espíritus y los hombres.
- Psicografía: es la capacidad de escribir por si bajo la influencia / inspiración de un espíritu.

En Brasil el fenómeno de psicografía se difundió especialmente a través de la obra del médium y filántropo Chico Xavier, indicado al Premio Nobel de la Paz (1982 y 1983) y referente del mundo espírita, autor de más de 450 libros psicografiados, más de 40 millones de obras vendidas y traducidas a 33 idiomas y cuyos derechos de autor donó integralmente a diferentes [instituciones sin fines de lucro](#).

Chico Xavier tenía el don de la psicografía mecánica, en la cual el espíritu controla la mano del médium y por consiguiente impone sus palabras y caligrafía. Ese tipo de mediumnidad es bastante rara siendo que la gran mayoría de los médiums se utilizan de la psicografía intuitiva.

Es la técnica más común, utilizada en las obras “El círculo”, “Espejos” y “Tres segundos”. Es denominada psicografía intuitiva, porque el médium capta el flujo mental, el pensamiento central de espíritu y lo expresa con sus propios recursos tanto con relación a la terminología cuanto a la forma. Para los médiums la principal dificultad de ese tipo de psicografía es discernir cual pensamiento es suyo y cual tiene su origen en la mente del espíritu comunicante. Debido a esa incertidumbre algunos escritores, pintores, músicos, etc. de las más diferentes vertientes no saben que en sus momentos de

inspiración pueden ser fuertemente influenciados por los pensamientos de espíritus que trabajan a su lado. Existen varios relatos de escritores que comentan que al final de un cuento o de una obra tienen vergüenza en firmarla porque sienten que les ha sido dictada o que no alcanzan a reconocerlas como suyas.

Según el espiritismo, todos tenemos la mediumnidad latente, siendo en forma de intuiciones, de visiones, de sueños, de deja vus, de sensaciones o experiencias espirituales o de manera más concreta y orientada como videncia, psicofonía, psicografía o mediumnidad de cura. En ningún momento mediumnidad es sinónimo de evolución moral, siendo una característica posible de ser desarrollada por buenos o malos, honestos o corruptos, creyentes o materialistas.

Ambas características son exploradas en los cuentos inspirados por el espíritu Pablo, que suelen nacer de situaciones habituales para luego entrar en los laberintos y misterios del alma inmortal, evidenciando conflictos, contradicciones, prejuicios, revelaciones y anhelos que muchas veces hacen parte de nuestras vidas. El mundo espiritual es más presente en nuestro cotidiano de lo que podemos imaginar y los cuentos buscan establecer esos puentes, a través de las emociones y de la fe racionada, del conócete a ti mismo.

Diferentemente de la gran mayoría de las obras espíritas, donde la moral y las enseñanzas del mundo espiritual suelen ser un sello característico, los cuentos de Pablo y Hendrik Wernick buscan despertar la inquietud de los lectores, hacer sonar la campana interior que advierte que para el alma inmortal, siempre seremos herencia de nosotros mismos, de nuestras acciones en la rueda de la reencarnación. Muchas veces nuestra conciencia nos emite señales que tratamos de ignorar y nos deparamos con verdades que en realidad exigirían de nosotros cambios fundamentales que tememos o postergamos, pese a que la evolución espiritual es siempre individual e intransferible. La siembra es libre pero la cosecha obligatoria...

Sobre el autor y las obras

El narrador argentino, aunque bajo la inspiración del espíritu Pablo, sufre los mismos efectos que el lector al encontrarse frente a los primeros párrafos de cada cuento. Delante de una hoja en blanco, los cuentos se descortinan a cada nuevo párrafo, buceando en su propio mundo íntimo, recorriendo los mismos tortuosos senderos del alma y del auto conocimiento, en un camino cuyo desenlace sigue siendo imprevisible para el autor hasta el punto final.

De la misma manera que la gran mayoría de los personajes retratados, el autor tiene la idéntica necesidad de descifrar sentimientos o situaciones aparentemente superficiales, sintetizar los acaecimientos y emociones que muchas veces son simples pensamientos fugaces, temblores internos, verdades escondidas que se acumulan progresivamente mientras los cuentos se desarrollan con voluntad casi propia, incontrolables.

Todos los derechos autorales serán integralmente donadas a [instituciones sin fines de lucro](#).

El círculo

Compuesto por 14 cuentos, “El círculo” abarca temas diversos como el aborto, migraciones humanas, resistencia frente a dictaduras, la adopción y los acerca a los individuos a través de los hilos invisibles que son las posibilidades de conexión espiritual, la reencarnación y las leyes de causa y efecto, inmunes frente al tiempo.

En el vórtice de las tramas los hechos se suceden de tal manera que emergen los puntos exactos en los cuales el libre albedrío de los personajes los lleva a decisiones y consecuencias cuyas repercusiones pueden determinar o explicar las necesidades de evolución espiritual.

Muchas veces, basta un hecho o un pensamiento para iniciar la búsqueda por la espiritualidad.

“Cada lector se encuentra a sí mismo.”

(Marcel Proust)

Espejos

En otro tomo de 14 cuentos, “Espejos” sigue la línea del volumen anterior, incorporando temas como la salud mental, los prejuicios, la adicción, la fe y la reforma íntima en cuentos ubicados en diversas épocas de la humanidad.

Aunque a veces de manera aparentemente involuntaria, los personajes retratados son conducidos a bifurcaciones en la vida en las cuales siempre existe la posibilidad de elegir caminos que llevan al cura del alma o a su derrumbe. De la misma manera que un grano de arena puede retratar un sinfín de leyes físicas, a veces ciertos conflictos y sus decisiones, por más simples que parezcan, esconden tendencias que revelan nuestra verdadera faz.

Al final, uno siempre se encontrará frente a su implacable conciencia.

“¿Es una fe sincera la fe que no actúa?”

(Racine)

Tres segundos

En el tercer libro, “Tres segundos”, también compuesto de 14 cuentos, los autores incluyen temas universales como concretos como guerras, hambruna, política y enfermedades, así como características personales tales como el machismo, la fe (siempre presente), el perdón y la vida después de la muerte.

Apoyados en la fe razonada, los autores buscan incentivar el desarrollo espiritual, individual e intransferible, a través de una cadena de pensamientos, descubrimientos y asociaciones de los personajes que al final pueden despertar en el lector el ánimo y el coraje de conocerse e unirse a la fe.

El aprendizaje no tiene límites, pero la fe solamente vale la pena si genera cambios fructíferos.

“Lo que es verdaderamente inmoral es haber desistido de sí mismo.”

(Clarice Lispector)

Centro Espírita Fraternidade da Luz

El Centro Espírita Apométrico Fraternidade da Luz está localizado en el barrio de la Pedreira, conurbano de la ciudad de São Paulo. Realiza atendimientos gratuitos de cirugía espiritual, desobsesión, apometría, psicografía, aparte de palestras y cursos relacionados al universo espírita, de la apometría y del desarrollo mediúnico.

En sus humildes instalaciones comporta el atendimento de cincuenta pacientes por sesión que son llevadas a cabo por un grupo de cerca veinte médiums formados por el propio Centro. Esa siempre ha sido su filosofía, pues prima por la cercanía a los necesitados y por la unión, desarrollo y armonía de los médiums, prefiriendo la calidad y la humildad frente a la calidad y exposición.

La terapia espiritual no es invasiva, actúa solamente sobre los cuerpos espirituales de los pacientes y de ningún modo sustituye el tratamiento médico que debe seguir de acuerdo a lo determinado por los clínicos. En realidad, ambas terapias se complementan, una vez que el Espiritismo cree que antes del cuerpo, primeramente el espíritu se enferma y es precisamente allí donde interviene.

Como complemento, el Centro Fraternidade da Luz también ofrece tratamiento psicológico gratuito para aquellos que no tienen recursos financieros para uno particular o amargan largas filas de espera por una consulta en el sistema de salud pública.

Contacto: www.hwcuentos.com